

IRRESISTIBLE

Libro 4

ROBYN HILL

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

Capítulo 1

ERIC

Su cadera se contoneaba de una forma febril, salvaje, provocando en mi cuerpo un estado de continua excitación. El cuerpo de aquella mujer era fantástico: unas piernas bien torneadas, unos pechos generosos que a duras penas lograba contener el bikini de lentejuelas, y un ombligo muy sexy. Su flexibilidad no dejaba de asombrarme. Tan pronto se sentaba sobre mi regazo, como se levantaba para girarse y enseñarme su trasero; todo en movimientos elegantes y enérgicos. Tragué saliva. Era difícil no caer en la tentación ante aquel despliegue exuberante y erótico. Su melena pelirroja no cesaba de moverse sobre sus hombros, o sobre su espalda cuando echaba la cabeza hacia atrás. A lo lejos sonaba la música, creando una burbuja de espacio y tiempo en el que ambos nos encontrábamos muy cómodos. Ella dominaba la situación al ser una profesional, mientras que yo era testigo de su maravilloso talento para la seducción y el baile. Sin darme tiempo a reaccionar, me colocó sus pechos sobre mi cara hasta el punto de imposibilitarme la respiración. ¿Cómo me ha dicho que se llama?, me pregunté. Debido a la masiva ingesta de alcohol, mi memoria había menguado a un cincuenta por cien de su capacidad.

Se giró de nuevo al son de la música para que observase su espalda, y cómo se desabrochaba la parte de arriba al tiempo que me lanzaba una mirada coqueta. La prenda cayó al suelo, pero mis ojos esperaban el excitante momento de ser colmados con la visión explosiva de sus pechos. Sentí la erección incomodándome en mis calzoncillos, pero estaba concenciado a no airear el pene de su madriguera. Por eso una parte de mí, para enfriarme, buscó el recuerdo de personas u objetos nada sexuales, como una abuela o

un billete de autobús. Nada de eso sirvió, aquella chica sabía bien la reacción que causaba en los hombres.

Por fin, sus pechos quedaron a la vista y no pude más que reconocer su perfección. El detalle del *piercing* en los pezones resultaba provocador, por lo que sacudí la cabeza para que evitar que los malos pensamientos me invadieran por completo. El número acabó con su pierna por encima de mi cabeza, muy cerca de su tanga de lentejuelas. Haciendo gala de su célebre flexibilidad, me besó la mejilla.

—Eres guapo. Si quieres fiesta, te espero en la habitación de allí —dijo señalando con la cabeza.

Asentí, aún abrumado por el exuberante espectáculo. La chica recogió el bikini y desapareció ante la atenta mirada de Lou, David y la mía, por supuesto.

—Lo pagaréis caro, malditos —dije mirando a mis amigos.

La fama de las fiestas de despedida de soltero son legendarias, pero ellos me habían prometido que las *strippers* se mantendrían al margen. Desde la irrupción de Amanda en mi vida, el deseo por otras mujeres había desaparecido. Ella me llenaba de arriba a abajo. No necesitaba a nadie más.

—No será para tanto, Eric —dijo Lou, entregándome una copa de whisky y sentándose a mi lado.

—Además, una erección no cuenta como infidelidad —dijo David, sonriendo mientras se palpaba su entrepierna.

—¿La tuya o la mía? —pregunté.

—La de los dos. Será mejor que nadie diga ni una sola palabra —dijo David mirando a Lou.

—Seré una tumba. Os lo prometo. Además, mañana con la resaca se me habrá olvidado todo —dijo Lou después de tomar un trago de su copa.

—Entonces lo de pasar a la habitación con ella, ni hablar —dijo David.

Los tres nos miramos sin decirnos nada durante unos segundos. A continuación, estallamos en una carcajada al unísono. Confieso que estaba disfrutando mucho más de lo que pensaba, y eso era así porque me sentía arropado por la amistad de Lou y David. Los tres

formábamos un trío de lo más pintoresco: un francés a punto de casarse, un americano ya casado, y otro empezando una relación.

—Me parece que es hora de regresar a casa —dije mirando mi reloj, que marcaba las dos de la madrugada.

—Ni hablar —dijo Lou negando con la cabeza.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó David con los ojos bien abiertos—. Aún queda mucha noche.

—¿Qué más tenéis planeado? —pregunté alzando las manos en señal de rendición.

Lou y David se miraron, encogiéndose de hombros.

—¿Nada más? —pregunté—. Entonces, vámonos a casa que ya echo de menos a mi futura mujer...

—Tú lo que pasa es que estás cachondo —dijo Lou, soltándome un codazo.

—La verdad es que sí —dije, riendo—. Además, tampoco hay ningún plan.

—Eric, esto es Las Vegas, algo sucederá. Llevas el tiempo suficiente para saber que cualquier cosa puede pasar...

—Oh, vamos, no será para tanto...

En ese momento entró en la habitación una chica de cuerpo escultural. Llevaba el pelo muy corto, casi rapado al cero. De su nariz colgaban unos flamantes piercings y sus brazos estaban tatuados al completo.

—Hola, chicos. Me llamo Sally y necesito testigos para mi boda, ¿os apuntáis?

Me quedé de piedra mientras David y Lou me lanzaban miradas como diciendo «¿Lo ves? Esto es Las Vegas».

Los cuatro nos montamos en una limusina que nos esperaba a la salida del club. Sally nos presentó a su prometido, un tipo gordito con cara de buena persona y vestido de Elvis, el cual nos saludó efusivamente.

—Gracias, chicos, por hacernos este favor. Sally y yo nos acabamos de conocer, ¿no es fantástico?

—¿Esta noche? ¡Enhorabuena! —exclamé sorprendido por la locura, aunque cada vez menos, ya que desde que había llegado a Estados Unidos me había pasado de todo.

—Es tan romántico... —dijo Sally, mirando tiernamente a su prometido. Ambos se besaron con pasión, sobándose el cuerpo del otro, ignorando nuestra presencia.

—Nos pone que haya gente mirándonos —dijo Elvis, a modo de excusa.

—Oh, estupendo —dijo Lou mirando fijamente—. Por nosotros, no os cortéis.

—Estáis hecho el uno para el otro, no hay duda —dijo David, irónico.

Mientras los novios no dejaban de saciarse carnalmente, me incliné sobre el minibar y empecé a servir copas a mis amigos. Los tres brindamos por la boda de Elvis y Sally, y nos bebimos el vodka de un sorbo. La cabeza empezaba a darme vueltas. Me costaba recordar la última vez que me había emborrachado.

—¿Está bien? —me preguntó Lou.

—Sí, sí —dije con una sonrisa.

—¡Por cierto, os regalo unos puros! —exclamó Elvis de repente, deshaciendo el beso con su prometida.

Del bolsillo interior de su chaqueta blanca y con flecos, sacó tres puros que repartió a cada uno de nosotros.

—Vaya, qué nivel, es un Monte Cristo número 4 —dije oliendo el aroma intenso del tabaco—. El puro más famoso del mundo, y cubano.

Elvis sacó de otro bolsillo un cortador de puros y un encendedor. Procedió a cortar la vitola y, finalmente, para los encendió con solemnidad.

—¿Se puede fumar aquí? —pregunté.

—No, pero un día es un día —dijo Elvis con una amplia sonrisa.

David y yo aspiramos el suave aroma del tabaco, mientras que Lou tosió un par de veces. Al parecer, no estaba acostumbrado a fumar. Enseguida el humo se apoderó de la atmósfera de la limusina como si fuera una niebla. Por suerte, llegamos a nuestro destino a los pocos minutos. Estaba deseoso de participar en una de esas

boda rápidas y locas de las que tanto se describen en las películas de Hollywood.

Cuando nos apeamos de la limusina, me fijé en un letrero luminoso que decía “Capilla Viva Las Vegas”. Nos encontrábamos aún El Strip, pero en la zona alejada de los casinos. En la puerta se encontraba un Cadillac adornado con flores y cintas blancas. Una pareja de recién casados salió de la capilla y, tras despedirse de los invitados, se subió al coche y se marcharon ante mi estupefacta mirada.

Al entrar, dejamos que los novios hablaran con el recepcionista. Tras recibir el pago, enseguida se nos invitó a pasar a la capilla. Mi primera impresión fue que se asemejaba al decorado de una película. Las flores eran de plástico y la música sonaba enlatada. David, Lou y yo nos quedamos de pie, detrás de la novia. De una puerta trasera salió un reverendo con barba grisácea y calvo como una bola de billar. Empezó a soltar el discurso mientras mis amigos y yo nos mirábamos con asombro, divertidos y encantados de vivir una experiencia tan insólita.

—Es la primera vez que estoy en una boda de estas —dijo Lou, entusiasmado.

—Yo también —dijo David.

—Yo también —dije yo.

Sally se veía radiante, y deduje que bajo esa imagen dura que le gustaba llevar, se escondía una mujer dulce y romántica. Elvis no paraba de sonreír, pero su mirada parecía un tanto perdida, por lo que me pregunté si estaría colocado.

—Sí, quiero —dijo Sally sin dejar de mirar a Elvis cuando el reverendo le formuló la ansiada pregunta.

—¿Y tú, Mike Post, aceptas a Sally Carter como tu esposa? —preguntó.

Elvis en vez de responder afirmativamente, bajó del altar y empezó a correr con expresión de angustia.

—¡No quiero casarme! —exclamó, fuera de sí.

Miramos a la novia, quien con un gesto de la mano nos ordenó que lo detuviéramos. El cuerpo de Elvis era robusto, pero entre los tres conseguimos retenerlo, a pesar de su pataleo. Elvis insistía en su deseo de no contraer nupcias, por lo que los tres nos miramos

sabiendo que era algo a lo nosotros no le podíamos obligar. Nuestra ética nos lo impedía.

—Si no me caso con él, me caso con uno de vosotros, pero hoy me caso —dijo tajante Sally.

Ante esa férrea determinación, empujamos al novio hacia el altar. La situación no resultaba sencilla, pues Elvis se revolvía como un auténtico profesional de lucha libre. El reverendo, para nuestra sorpresa, permanecía inmutable, como si fuese una escena mil veces vista. Sally, brazos en jarra, esperaba a su prometido con el ceño fruncido.

—¡Nos acabamos de conocer esta noche! ¡Es de locos! —exclamó Elvis.

—Soy el amor de tu vida, lo que pasa es aún no lo sabes —dijo Sally, emocionada.

Elvis soltó un puñetazo al aire que impactó en el estómago de Lou, el cual se dobló por el dolor y por la falta de aire. Aquí fue cuando se desmadró todo. David, en solidaridad con su amigo, le propinó una patada a Elvis, pero fue un acto que no gustó demasiado a la novia.

—¡Eh, a mi prometido no se le pega! —exclamó Sally bajando del altar.

Sin esperarlo nadie, la novia armó su brazo y propinó un puñetazo a David, que se agachó a tiempo. Sin embargo, el golpe lo recibió mi mandíbula. Caí hacía atrás. Lou se revolvió contra Elvis, y este contra David. Sally sacudía con el ramo de flores a quién se pusiera por delante. En un segundo se formó un magma de pies y brazos que resultaba imposible de dilucidar quién atizaba a quién.

El reverendo con gran parsimonia, suspiró y gritó por un interfono situado en la mesa.

—Seguridad, por favor.

Capítulo 2

AMANDA

—¿Estás segura que me queda bien? —pregunté desconfiada a Melissa mirando el vestido, adornado con un escote corazón, ajustado a la cadera y una falda de volantes. Delante del espejo me giraba de un lado y de otro, indecisa.

—Estás guapísima, Amanda. Vas a dejar a los invitados con la boca abierta —dijo tras mirarme de arriba a abajo con los brazos en jarra—. Es un vestido precioso.

La inseguridad me atacaba por todas partes. Al verme sin maquillaje y con el pelo alborotado, no cabía duda que dejaría a todos con la boca abierta, pero de espanto. Me veía lejos de sentirme guapa y deseada.

A decir verdad, me encantaba el vestido a pesar de su elevado coste. Rompiendo la costumbre, Eric corría con todos los gastos. Desde la recepción en el MGM para unos doscientos invitados, hasta la estupenda luna de miel en las paradisíacas islas Seychelles. A pesar de que le rogué a Eric una ceremonia íntima, él no había escatimado en gastos. Incluso los billetes de avión de mis padres y hermano corrían por su cuenta. Al principio me sentí decepcionada por toda la dimensión de la ceremonia, pero luego comprendí que Eric deseaba convertirlo en un gran evento, ya que incluso acudirían viejos amigos de todo el mundo. La vida como exfutbolista de elite le había permitido cosechar amistades de todos los continentes.

Me agaché para recoger la falda del vestido y calcular mis pasos al objeto de no caerme de bruces contra el suelo. Después alcé la vista para mirarme de nuevo al espejo y deleitarme con la

sofisticada tela color blanco diamante. A cada segundo que pasaba, me encantaba más y más.

La asistente de la tienda, en silencio y en cuclillas, tomaba notas con la cinta métrica para efectuar los arreglos convenientes.

—Recuerda que todas las novias se ven hermosas el día de la boda —dijo Melissa, ayudándome a superar mi indecisión.

—Tienes toda la razón, querida amiga —dije, mirándome de nuevo mi pelo—. Aún me queda la cita con la peluquera para ver si puede obrar milagros con mi horrenda melena. Y solo queda una semana para la boda. No sé si dará tiempo para todo... Un momento, ¿esto qué es? ¡Una espinilla! Lo que me faltaba.

—Eso se te quita en un par de días. Tienes un piel preciosa —dijo Melissa, restándole importancia con un gesto de la mano—. Además, mi amiga la maquilladora hará desaparecer la espinilla como por arte de magia. Ya verás. Es la mejor de Las Vegas. Incluso ha trabajado para anuncios con Beyoncé. Te dejará bellísima. Confía en tu dama de honor.

Observé a Melissa sonreír a través del espejo. A pesar de todo lo que habíamos pasado, ella continuaba siendo mi mejor amiga. No podía estar más satisfecha.

—A veces tengo la tentación de pellizcarme para ver si estoy soñando o no —dije—. Es increíble que de un gesto tan tonto cómo romperse la pantalla de un móvil, pasamos a una boda en seis meses con el hombre de mi vida. ¿Qué hubiera ocurrido si en la tienda no se hubieran confundido de teléfono? Mi vida transcurría sin Eric, lo más probable. Justo cuando pensaba que, después del divorcio, me merecía un largo tiempo sin hombres, solo centrada en Scott, resulta que aparece Eric y pone mi mundo patas arriba. ¿No es alucinante?

—Cuando te conocí ya estabas casada con Harry, pero nunca vi la química que hay entre tú y Eric. Es auténtico amor lo que tienes con Eric—dijo mi amiga, ofreciéndome una cálida sonrisa.

No era para menos. Estaba a punto de casarme con Eric Cassel. Mi Eric, mi amante francés. Y esta vez sentía el palpito de que sería para siempre, que acabaríamos juntos cuidando el uno del otro cuando nuestros hijos formaran sus propias familias. Era una imagen que me enternecía.

Me sentía más madura, con más experiencia, y sabía que lo que sentía en mi corazón por Eric era un torrente de amor, de apasionado amor. Lo amaría para siempre y le daría todo lo que él pidiese, porque sabía con certeza que él haría cualquier cosa por mí, de la misma forma que yo haría cualquier cosa por él.

—Muy bien, Srta. Armstrong. Puede quitarse el vestido, ya he terminado de tomar las medidas —dijo la asistenta, colocándose de pie.

Antes de seguirla al vestuario, lancé una última mirada al fabuloso vestido. Sentí un pellizco en el estómago.

Tumbados sobre la cama, Eric y yo estábamos desnudos, con la respiración jadeante después de disfrutar de un sexo intenso y memorable. Como siempre, con solo mirarme me incendiaba por completo y no podía más que abrirme de piernas para sentirlo muy dentro de mí. Me acurruqué junto a él, acariciando su musculoso torso una vez más. Eric me rodeó con un brazo sobre mi hombro. Me encantaba sentir su protección y su seguridad en sí mismo como una capa invisible que me envolvía, protegiéndome.

—¿Qué tal fue la prueba, cariño? —preguntó Eric—. Estoy deseando verte con el vestido.

—Me temo que tendrás que esperar hasta el día de la boda, amor. Ya sabes que trae mala suerte... Ya sabes, las tradiciones...

—En cuanto lo vea, desearé arrancártelo para hacerte el amor salvajemente... —dijo gruñendo como un animal.

—Lo que te puedo decir es que es un vestido espectacular, con una falda de volantes muy original...

—Cariño, tú haces que el vestido sea espectacular, no al revés —dijo tomando mi mano y besuqueándola—. Soy un hombre afortunado al casarme contigo.

Sonreí con ternura al oír sus bonitas palabras. Me adoraba, y cada vez que veía sus ojos grises mirándome, el alma se me derretía como un helado bajo el sol. ¿Había alguien que pudiera resistirse a esa mirada tan intensa y especial? Era el hombre

perfecto, y era todo para mí. Después de unas cuentas *turbulencias*, mi vida en ese momento me recordaba a un cuento de hadas.

—No, yo soy la afortunada. Tienes un corazón de oro, y solo lamento no haberte conocido antes, cariño —dije mirándole, sonriendo agradecida por su amor.

—Me haces feliz, Amanda. Más de lo que imaginas —dijo con una amplia sonrisa—. Quiero comerte entera... otra vez...

Antes de que pudiera darme cuenta, nos besábamos de nuevo rodando por la cama, sintiendo su magnífico cuerpo sobre el mío.

—Ah, por cierto, ¿cómo fue tu despedida? —pregunté en cuanto recobré el aire.

—Estupendamente —respondió besándome en mis pechos, en mi ombligo, en la cadera...

Eric se tumbó boca arriba y con un gesto me indicó que situara mi sexo encima de su boca. Obedecí en el acto, apoyando mis manos contra la pared. Me sentía ansiosa por probar una nueva postura.

—Cómo te he dicho, quiero comerte entera, cariño. Ahora mueve la cadera buscando placer —dijo Eric, con la mirada brillando de excitación.

Sacó la lengua mientras apoyaba sus manos sobre mis nalgas. Coloqué la vulva sobre su lengua buscando un gozo sin igual. Cerré los ojos y me mordí el labio inferior. Estaba muy, muy caliente...

Con su maestría habitual, Eric comenzó a lamer mi sexo en círculos. Primero, siguiendo las agujas del reloj, después en sentido contrario, después en forma de «c». Flotaba en una piscina relajante con mi cuerpo estremeciéndose de placer. Al sentir cómo su lengua húmeda me acariciaba el clítoris una y otra vez, de distintas formas, gemí. Escapaba a otra realidad donde solo importaba el intenso gozo del momento.

—Eric... sigue.... cómeme, por favor. No pares, amor mío...

Mi amante francés continuaba con su trabajo manual. Aún con los ojos cerrados, cogí sus manos que seguían apretando mi trasero, y las llevé a mis pechos, para que los masajeara con deseo bajo mi guía con suaves movimientos. Era excitante recibir y generar placer.

Como un submarinista saliendo a la superficie, Eric desenterró la cabeza de mi vulva para tomar oxígeno.

—Ponte en la postura del perro, Amanda —dijo con voz firme—. Quiero seguir lamiéndote.

¿Y ahora qué va hacerme?, me pregunté, anhelando que me sorprendiera. Alcé mi trasero todo lo que pude. Eric me agarró con ambas manos, y empezó a lamerme el sexo en círculos. Volví a gemir. Casi me resultaba imposible absorber el potente caudal de placer, excitada por estar en una postura de sumisión total, aguantando los movimientos rítmicos de Eric, la retirada, el húmedo deslizamiento... los sonidos cadentes.... A veces se detenía para morderme en el trasero, ávido de mi carne. Mi cabeza estaba hundida en la almohada con la boca cada vez más abierta, sucumbiendo de nuevo a su pericia como amante. Parecía que era el primer polvo de la noche, no el segundo.

—Eso es, amor mío... *Je veux savoir comment vous aimez...* Quiero oír cómo te gusta... —dijo con una voz apremiante.

—Eric... —dije, fuera de mí, abierta por entera a su portentosa virilidad.

Me sentía atrapada por una tempestad que me arrastraba sin remedio hacia el fin del mundo, allí donde mi amante no dejaría de enloquecerme de gozo.

—Mía. Eres mía... ¿Está claro?

—Sí... Métemela, por favor... —rogué, desesperada.

Al intuir su movimiento, gemí. Su pene conquistaría mi oscuridad hasta el infinito. Se me echó encima y al sentirle dentro, apreté con furia la almohada. Era demasiado: las manos sudaban, las piernas relajadas, el alma extasiada... Al embestirme por detrás, se expandía la fiebre por cada rincón de mi cuerpo, agradecido al percibir el enorme pene conquistarme sin compasión.

—Más duro, amor —supliqué.

Eric no me defraudó. Su ritmo era implacable, robusto e impetuoso. Me corrí con un grito prolongado. El corazón bombeaba frenéticamente. Un orgasmo se encadenó con otro. Estaba de nuevo en la cima del paraíso, a punto de desfallecer.

—Aún no te corras, quiero mirarte... —dije entre jadeos.

Eric apaciguó el ritmo hasta que se retiró de mí. Me di la vuelta y me abrí de piernas observando su virilidad erguida como un mástil. Me ensartó con rudeza, y al hacerlo me fijé en su expresión de infinito placer, de clara indefensión de animal herido. Cubrí por un segundo sus mejillas con mis manos al tiempo que su cuerpo vibraba. A continuación, cruzamos nuestras lenguas en un beso repleto de lascivia —el sabor de Eric alimentándome—.

—Más adentro, cariño —susurré.

Me excitaba su mirada lanzando llamaradas, sus gruñidos de hombre de las cavernas, su brusquedad al penetrarme. Sin ofrecer resistencia, me abandonaba una y otra vez a él, apretando la vagina. Deseaba apreciar su cara en el clímax.

—Córrete para mí —exigí.

Su cuerpo al completo se sacudió con fuerza, retorciéndose. Cerró los ojos en una expresión de éxtasis, con los labios temblando. Por fin, se corrió derramando su espesa calidez. Su cadera aún se movía, lentamente, agonizando hasta que no pudo más, y se derrumbó sobre mí, casi sin respiración.

Lo abracé con fuerza como si formáramos una sola persona; él dentro de mí para siempre, corriéndose hasta un nuevo amanecer en Las Vegas. Un súbito silencio nos rodeó en el dormitorio.

Capítulo 3

AMANDA

A solo tres días de la boda, y aún me costaba creer que fuera a suceder. Mis padres y la madre de Eric se conocerían en la cena informal que se celebraría en el MGM. Anhelaba que ambas partes congeniaran y que no se creara ninguna fricción innecesaria. Mi futura suegra, Marion, me parecía una mujer agradable y muy sencilla, a pesar del éxito que su hijo había alcanzado en la vida. Sin lugar a dudas, se trataba de la madre de Eric. Su carácter era extrovertido y risueño, e incluso en un entorno diferente al que estaba acostumbrada en París, se desenvolvía sin ningún contratiempo con todos los invitados.

Por otro lado, estaban mis padres. No es frecuente que a los pocos días de conocer al novio de tu hija se produzca la boda, sin embargo, mis padres eran dos personas de gran corazón, y confiaban en mí. Estaba convencida que aceptarían a Eric como a uno más de la familia. Como es lógico, su pasado de adicto a las drogas, y todos los problemas que eso le había causado les permanecía oculto. Por suerte, ni mis padres ni mi hermano estaban interesados en el fútbol, así que no existía el peligro de que conocieran por la prensa los antecedentes de Eric. No era un aspecto que deseara ocultar para el resto de los tiempos, pero era más razonable postergarlo hasta que conocieran al Eric del que me había enamorado. Así, la noticia no les impactaría tanto, y serían capaces de juzgarlo con objetividad. Mis padres eran gente con unos valores muy determinados, y el asunto de las drogas era un aspecto que siempre les había aterrado.

Por el contrario, mi hermano Roy era mucho más liberal, sin embargo, él me había dejado caer que mi boda la resultaba muy apresurada.

—Es que no entiendo a que viene tanta prisa —me había dicho por teléfono—. ¿Cuántas veces te vas a casar en esta vida? A este paso me va a ser imposible alcanzarte.

—Esta es la definitiva. Lo sé por instinto. Con Harry no era más que una cría, no sabía lo que era el verdadero amor.

—A mí me parece que lo que pasa es que es muy bueno en la cama —dijo, irónico.

—¡Roy! Es imposible hablar contigo. No es eso. Estoy enamorada, ¿alguna vez lo has estado?

En la última conversación que mantuve con mi hermano me comentó que no se atrevía a pedirle matrimonio a su pareja, pues temía con espanto el rechazo.

—Pues claro que sí, ¿qué te has creído? —dijo falsamente indignado.

—Entonces tienes que saber lo que estoy sintiendo por Eric.

—¿Y qué tal se lleva con Scott? ¿Ya le ha enseñado a hacer cruasanes? —preguntó Eric mordazmente.

—Se llevan de maravilla. Incluso le ha regalado un perro. De verdad, me ha sorprendido lo bien que se llevan. Me siento afortunada.

—Hermanita, si tu estás contenta, yo también.

—Gracias —dije, agradecida por el cariño que sus palabras transmitían.

Al no existir un protocolo que especifique claramente si los niños deben acudir o no a la cena de ensayo, la decisión de que acudiera Scott recayó en exclusiva sobre mis hombros. Después de mucho pensarlo, opté que era lo mejor, pues formaba parte de mi familia. Con el fin de que no le entrara sueño, hice que se tomara una larga siesta. Así pues, en la cena estaba rodeado de mis hombres favoritos, de Eric y de Scott.

—Amanda, aún estás a tiempo de arrepentirte —dijo Lou, sonriendo de forma traviesa—. No digas que nadie te avisó.

—Todavía me quedan un par de noches para pensarlo —dije mirando a Eric, guiñándole un ojo.

—Ah, qué encantadora eres —dijo Eric.

—Bueno, ¿nadie nos va a contar cómo fue la despedida de soltero de los chicos? —preguntó Melissa.

David abrió la boca, pero enseguida la cerró. Decidió en el último momento que era mejor no contar nada, lo cual siempre es preocupante.

—Yo prefiero no saberlo, de verdad —dije.

—Lo único que podemos decir es que no acabamos en comisaría, y eso es una buena señal —dijo Eric.

David y Lou asintieron.

—Dime, Amanda, ¿cómo estás llevando todo lo de la boda? —preguntó Kate.

—Bueno, ya sabes, los nervios nadie te los quita, pero estoy bien, sobreviviendo.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Va a ser una boda maravillosa. Me da la impresión de que tus padres y la madre de Eric se llevan estupendamente —dijo Kate.

Sonreí con calidez. En todas las bodas emergen viejas o nuevas rencillas, pero hasta ahora todo transcurría como la seda. Cada vez que miraba hacia mis padres, charlaban con animosidad con Marion. Es más, incluso se oían risas. Como si me leyeran el pensamiento, Eric sacó el tema.

—Parece que se conocen de toda la vida —dijo sin dejar de mirarles.

—¿No me dijiste que tu madre no hablaba inglés? —pregunté sabiendo por boca de Eric que era un argumento que ella usaba para no vivir en Estados Unidos.

—Habla un poco, por eso le pagué un profesor particular para que le diera un curso intensivo en un mes. Me ha sorprendido hasta mí, ahora lo habla mejor que yo incluso —dijo sonriendo.

—Tu madre es como tú, sería capaz de hacer amigos hasta en el desierto —dije mirándole obnubilada por su belleza. Estaba

arrebatador con un blazer gris (que conjuntaba con su singular mirada), de cuyo bolsillo asomaba un pañuelo azul marino.

—El parecido entre nosotros es evidente, mucho más que con mi padre —dijo antes de tomar un sorbo de su copa de vino.

Scott revoloteaba por la mesas, disfrutando también de ser el más pequeño de la cena, pues todos le prestaban atención y cariño. Sonreí para mis adentros. Tampoco Scott me había puesto reparos en mi matrimonio con Eric. Todo lo contrario, cuando se lo expliqué pareció más entusiasmada que yo. Eric y Scott habían hecho buenas amigas, y el posicionamiento de Eric era el correcto. Más que ejercer de padrastro, ejercía de «tío», así que se comportaba como un amigo con el que jugar y cometer travesuras. Verles a los dos reír y abrazarse, me llenaba el corazón de buenos presagios. Eran la viva imagen de la espontaneidad y la alegría. Todo parecía perfecto, y no podía más que preguntarme cómo era posible que todas las cosas fuesen a pedir de boca.

Me levanté de mi asiento y fui a hablar con Marion y mis padres. No deseaba que pensaran que los había abandonado a su suerte.

—Marion, ¿qué te parece el MGM? —preguntó mi padre.

—Nunca había visto nada parecido, en París tenemos muy buenos hoteles, pero nada como el MGM. Y mi habitación es asombrosa.

—Igual que la nuestra —dijo mi madre.

Eric se había comportado con mucha generosidad, y les había proporcionado una suite a su madre, así como a mis padres y a Roy. Mis padres se habían resistido al principio, pues consideraban que era excesivo, pero Eric les había persuadido afirmando que todo estaba incluido en el paquete de la boda. Ingenuamente, mis padres habían aceptado, ignorando que el MGM no ofrece paquetes de esa clase.

—Me encanta que mi hijo se case en un lugar tan espectacular como este —dijo Marion observando las paredes altas y los detalles lujosos de las ventanas y cortinas.

—Pues yo considero que hay mejores hoteles en Las Vegas para casarse —dijo mi hermano—. ¿Tú qué piensas de verdad, Amanda?

De repente, todos los ojos se posaron en mí. Tragué saliva. Estaba entre la espada y la pared. Mi hermano me obligaba a tomar

partido. Ya arreglaría cuentas con él a solas. Tomé un sorbo de vino de la copa de mi madre.

Marion era una mujer hermosa, con la idéntica mirada seductora de su hijo. La edad que aparentaba era mucho menor de la real —cerca de los sesenta—. Su melena castaña contrastaba con una piel bien cuidada, con algunos lunares aquí y allá. En su juventud, con toda probabilidad habría roto innumerables corazones. Según me había contado Eric, trabajaba como enfermera en el hospital Cochin y, a pesar de que su hijo le había ofrecido una vida desahogada, ella se resistía a abandonar su empleo. Con tanta distancia de por medio entre París y Las Vegas, consideré que sería complicado profundizar en nuestra relación, pero sin duda era una cuestión de tiempo. Más tarde o más temprano albergaba la sensación de que seríamos grandes amigas. Lo deseaba de todo corazón.

—El MGM es un lugar precioso para nuestro boda —dije al fin, apretando la mano de Marion.

Roy entrecerró los ojos, como los personajes malvados de los culebrones. Le encantaba la drama y, peor que eso, ponerme a prueba. Le guiñé el ojo, como cuando éramos pequeños y yo me salía con la mía. Roy se reacomodó sobre el asiento, con una mueca de resignación.

—Cuando me case será en el Plaza, ya lo verás —dijo Roy, muy finamente.

Mi padre, observando la tensión entre hermanos, acudió al rescate a modo de pacificador.

—¿Ya habéis hecho las maletas para las Islas Seychelles?

—Sí, por supuesto, llevaremos solo lo más útil: los bañadores y los bronceadores.

—Nunca he estado allí, pero me han dicho que es un lugar con una playas muy bonitas —apuntó Marion.

—Y la arena es blanquísima —dijo mi madre—. Ah, y ese color turquesa del mar... Maravilloso. Cómo te envidio, cariño.

La cena fue avanzando y los camareros trajeron una selección de lo mejor que ofrecía el MGM. Un arroz guisado con salsa verde con virutas de queso, y un solomillo de ternera con gnoqui a la mostaza de Dijon. Observé a David devorando los platos como si al día siguiente fuera a morir. Kate mordisqueaba la comida,

paladeando cada bocado. Sin duda, estaría tomando notas para el Mistral. Eric y yo nos miramos con ternura. Sin decirnos nada ambos sabíamos que el otro disfrutaba enormemente con la cena. Ninguno sabía que la noche sufriría un brusco y dramático giro de acontecimientos en pocos segundos.

De repente, entraron en la sala dos policías. Por un momento parecían gemelos, pues llevaban el mismo peinado, rapados, y su edad era similar. Al mirarlos con más detenimiento, observé que sus rasgos faciales eran muy diferentes. Uno con una nariz aguileña, mirada desconfiada; el otro, mostraba una seriedad impactante. Todos los invitados se quedaron petrificados, y el silencio que se creó fue ensordecedor. Caminaron hasta detenerse en frente de Eric y de mí. En el estómago sentí un pinchazo de nervios. Recuerdo que lo primero que pensé fue que nos obligarían a evacuar la sala por el peligro de un incendio. No podía estar más equivocada.

—Sr. Cassel, —dijo el de nariz aguileña—. Tiene que acompañarnos a comisaría.

Las expresiones de asombro se multiplicaron por la sala. La atmósfera que antes había sido agradable y festiva, se volvió tensa y áspera.

—¿Por qué? —pregunté adelantándome a Eric.

—Está arrestado —dijo el otro policía, mirándome con dureza.

Sentí que el corazón se me desbocaba. Las fuerzas me flaqueaban y el aire parecía escaso para respirar. Las palabras se me atascaban en la garganta.

—Esto es un error —dijo Eric frunciendo el ceño.

El policía más serio negó con la cabeza con los brazos en jarra. El otro murmuró algo por la radio.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Eric de pie, controlando su temple.

—Se lo diremos en comisaría. Ahora, díganos si va a colaborar o no.

Observé de refilón que mi padre y mi hermano se ponían de pie. Algunos invitados se taparon la boca, asombrados. Scott tiraba de mi vestido preguntado qué sucedía. Todo era como una pesadilla.

Eric me cogió de las manos y me lanzó una mirada de honda preocupación.

—Cariño, esto debe ser un grave malentendido. Créeme, lo aclararé todo. Nos veremos en casa.

—Pero... —dije, titubeando, con los ojos vidriosos, a punto de llorar.

Eric me besó en la mejilla.

—Todo está bien. Te lo prometo —dijo con voz firme—. Les acompañaré sin poner ningún problema, agentes.

—Muy bien.

A continuación, rodeó la mesa y se acercó a los policías, los cuales le agarraron de los brazos y lo acompañaron hasta la salida. Al menos tuvieron la decencia de no arrestarlo en frente de los invitados. Eric me lanzó una última mirada, serena, confiada... Incapaz de estarme quieta, les seguí hasta la puerta, allí fuera del alcance de la vista de todos, ocurrió una de las imágenes imborrables de mi vida. Esposaban al hombre que amaba.

Capítulo 4

ERIC

Durante el breve trayecto a la comisaría me mantuve en silencio, refugiado en mis pensamientos. Las esposas me apretaban pero no dije nada, simplemente deseaba que las horas y los minutos transcurriesen cuanto antes. Así, antes se solucionaría este embrollo.

Aunque no cesaba de preguntarme en qué nuevo lío estaría metido, me sentía seguro de sí mismo y confiaba que las cosas se aclararían nada más llegar a la comisaría. Me casaba con Amanda en tres días y, si no se celebraba, constituiría un grave disgusto para ambos. Después de tanto esfuerzo e ilusión volcados en la ceremonia, me entristecía pensar en esa posibilidad, sobre todo por Amanda, la mujer de mi vida, la mujer que amaba con locura.

Intuí que el motivo de mi detención, directa o indirectamente, estaba relacionada con las drogas. Era mi única conexión con la policía. Aquel día que me cité con ese par de latinos para la compra de cocaína (aquel día que me sentía tan frustrado y solo que cometí el error de dejarme llevar por las tentaciones más oscuras) aún me perseguía como un mal sueño. Supuse que aquella paliza no era suficiente, aún el castigo debía ser más dañino. Como hombre y dueño de mis actos, debía asumir cualquier responsabilidad y así lo haría.

Me acordé también de mi madre... Cómo estaría sufriendo en estos momentos. Ella que se mostraban tan contenta porque había encontrado a la mujer que había logrado que sentara la cabeza. Ya no era posible contarle mentiras piadosas, ya que ella había observado la escena de mi detención con sus propios ojos.

Al llegar a comisaría me trasladaron a la sala de interrogatorios, para ello crucé una amplia habitación dividida en decenas de cubículos. Ninguno de los empleados alzó la vista al llegar. Algunos concentraban la mirada en un televisor que colgaba del techo y donde emitían noticias. Observé policías con uniforme y policías de paisano. Inmediatamente recordé también mis primeras horas en la comisaría de Manhattan, allá por mayo. Era como tener un *deja vu*.

—Entra —ordenó secamente el policía de nariz aguileña.

La sala contaba con una mesa y cuatro sillas, y ese gran espejo que aparece en las películas. Me pregunté quién estaría al otro lado.

Tomé asiento y el policía me esposó a la pata de la mesa. Permanecí a solas durante alrededor de un minuto hasta que un hombre afroamericano con camisa marrón y pelo canoso, mandíbulas gruesas, entró en la sala con el rostro pétreo y se sentó delante de mí. Llevaba una carpeta, la cual abrió sobre la mesa dejando ver una serie de documentos desordenados.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté inclinándome sobre la mesa, ansioso por obtener respuestas.

Antes de hablar, el policía carraspeó.

—Me llamo detective Grey. Si no tiene un abogado, se le ofrecerá uno de oficio, Sr. Cassel. Lo va a necesitar.

En ese momento, la puerta se abrió y entró David. Lo cual hizo que me sintiera mucho más tranquilo, pues si tu abogado resulta que también es tu amigo, la confianza se redobla.

—Eric, ¿te han leído los derechos? —preguntó sentándose a mi lado.

—Sí, en cuanto me esposaron —dije.

—¿Es usted su abogado? —preguntó el policía con el tono rutinario de quién lo ha repetido miles de veces.

—Sí —dijo David colocando los brazos sobre la mesa—. ¿De qué se le acusa a mi cliente?

El policía volvió a carraspear. Debía de tener unos cuarenta y tantos años. Con un rápido gesto ordenó las dos pequeñas pilas de documentos para que lucieran simétricos.

—Se le acusa de tráfico de drogas —dijo mirando a David.

Sentí como si me hubieran dado un golpe en el estómago.

—¿Qué? ¡Pero eso es absurdo! —dije, indignado, levantándome de golpe del asiento y apretando los puños. David, con un gesto de las manos, me rogó que me calmase.

—¿Cuáles son las pruebas? —preguntó.

—El 6 de agosto de 2015 arrestamos a el Chapo y a Moreno Guzmán, condenados por tráfico de drogas en Los Ángeles en el 2000 —dijo leyendo los documentos—. Llevábamos seis meses oyendo sus conversaciones por teléfono. En una de ellas se le cita a usted, Sr. Cassel. En concreto, en la del 2 de julio, a las 17:06. Moreno Guzmán dice a el Chapo que se reunirán en una hora con usted en el aparcamiento situado detrás del Harley Davidson Café, y que tenga preparado 1 kilogramos de cocaína. En los registros encontramos el ADN del Sr. Cassel en la furgoneta, lo que le sitúa en el escenario del delito.

Al terminar, deslizó un par de hojas mecanografiadas con la transcripción de los diálogos de las escuchas. David les echó una rápida ojeada.

—Yo me reuní con ellos, sí, pero ellos me asaltaron, robándome mis pertenencias —dije, ya sentado—. No hice ningún trato con ellos, ni mucho menos, solo quería un gramo de cocaína por un problema personal. Contacté con ellos en la calle. Nada más.

David dejó del lado el documento, y miró al detective Grey. Aunque era un abogado especializado en divorcios, no dudaba que daría lo mejor de sí para sacarme del atolladero.

—Como ve, detective, mi cliente es capaz de ofrecer una explicación verosímil. No tienen nada más, detective —dijo devolviendo los documentos al detective.

—Eso no es cierto, abogado. Contamos con un caso muy sólido que llevará al Sr. Cassel a la cárcel —dijo el detective con una media sonrisa.

David y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

—El Chapo y Guzmán Morenos han confesado que usted se citó con ellos para comprar esa cantidad de 1 kilogramo —dijo Grey—. Y han declarado bajo juramento.

—¡Pero es mentira! —exclamé volviendo a levantarme. La indignación corría por mis venas. ¿Por qué deseaban esos criminales involucrarme?

El detective Grey no parecía afectado por mi declaración de inocencia, pues ya había extraído sus propias conclusiones. Para él, mi arresto era un mero trámite burocrático.

—Además, le informo que ahora mismo su casa está siendo registrada —dijo el detective Grey enseñando la orden.

—No encontrarán nada. Están perdiendo el tiempo —dije, volviéndome a sentar. Mi corazón no dejaba de bombear sangre a mil por hora. Me sentía víctima de una gigantesca injusticia. En el fondo agradecí estar esposado, de lo contrario, hubiese atizado al detective.

—Puede ser, pero con las acusaciones de el Chapo y Guzmán Moreno tenemos más que suficiente. Además, usted mismo ha confesado su relación con ellos.

—Lo dice como si fuera un narcotraficante. ¿Ha comprado mi cuenta corriente? Dispongo de una clara solvencia de mis años como futbolista de elite, y de inversiones.

—El origen de su dinero es algo que, de momento, se escapa de este departamento —dijo el detective poniéndose de pie—. Hemos terminado.

Grey se marchó. Un ambiente de desánimo nos envolvió a David y a mí.

—La cosa pinta regular, para qué te voy a engañar —dijo.

Un policía entró y se dirigió hacia mí con una llave en la mano.

—Ponte de pie —dijo bruscamente.

—¿Y ahora dónde me llevan? —pregunté mirando a mi amigo, al tiempo que obedecía al oficial.

—Te llevarán al Centro de Detención del condado. Es la prisión estatal a la espera del juicio. No está muy lejos de aquí —dijo David.

—Pero, ¿cuánto tiempo voy a estar?

El policía me tomó del brazo y franqueamos la puerta. David nos acompañaba.

—No lo sé, Eric. Me voy a poner en contacto con un abogado penalista, que es amigo mío. Es el mejor de la ciudad, seguro que aceptará tu caso. Mañana mismo te reunirás con él. Se llama Brian Alder.

—Gracias, David, por tu ayuda —dijo mientras caminaba junto al policía.

—Nos encargaremos de todo, no te preocupes, y sé positivo, tú lo eres —dijo mi amigo con una sonrisa.

—Eric... —dijo una voz familiar.

La alegría me inundó al ver a Amanda esperándome. Debía tranquilizarla y prometerle que todo saldría bien. Su cara reflejaba una gran preocupación, y su piel estaba enrojecida por las lágrimas.

—Es su prometida, al menos deje unos minutos para que se despidan —exigió David al policía.

El hombre suspiró de resignación, pero se detuvo.

—Cariño, David ahora te va a contar todo —dije mirándola—. No te preocupes por nada. Confío en la justicia americana. Saldré de esta lo antes posible. La policía no tiene nada contra mí, son solo conjeturas. Por favor, cuida de mi madre. ¿Cómo está?

—Está confundida, como todos nosotros, pero está bien. Se han quedado con mis padres, cuidándola. ¿Adónde te llevan?

—Al Centro de Detención.

—¿Podré visitarte? —preguntó con un brillo de desesperación en su mirada.

Miré a David en busca de la respuesta.

—Sí, podrás —dijo—. El domingo.

Volvía a posar mis ojos en ella. Tragué saliva; me dolía verla tan preocupada.

—Amor mío, perdóname. Siento mucho lo que está pasando.

La disculpa me sabía insuficiente para reparar todo el sufrimiento que estaba provocando en Amanda. La boda, los invitados, su familia... Ella se encontraba en una delicada situación por mi culpa, por mi antigua adicción. No comprendía por qué, pero parecía que mi amor la dañaba más que la beneficiaba.

—No es culpa tuya —dijo como si me leyera la mente—. Confío en ti, ya lo sabes. No necesito que nadie me explique nada. Yo sé que eres inocente, amor mío.

Sus palabras me reconfortaron, pero sobre todo al mirarla, al profundizar en sus bellísimos ojos azules encontré el sosiego y el perdón que anhelaba. Fue en ese instante cuando más vulnerable

me sentía, cuando nuestro amor se fortaleció. Con ella de mi lado, los obstáculos resultaban insignificantes.

—Iré a visitarte... este domingo —dijo ella con la voz entrecortada.

—Estaré contando las horas, cariño.

El policía tiró de mí, apremiándome. Me sentía cómo si no fuese a volver a Amanda en mil años. La besé con pasión. Necesitaba aprovisionarme de su amor como si fuera aire, porque supe que se avecinaban momentos de soledad en los que solo dispondría de su recuerdo para mitigar el infierno que me esperaba.

El policía me empujó y el último beso se deshizo abruptamente, el inolvidable sabor de Amanda deshaciéndose poco a poco en mi boca.

—Te quiero —susurró.

—Yo también, amor mío —dije desando abrazarla más que nunca en mi vida.

Me resistí a despedirme de ella, por eso no pronuncié ninguna palabra más. Ella tampoco. Palabras como «adiós» o «cuídate» no entraban dentro de nuestro vocabulario. Me fui alejando sin dejar de mirarla y sonriendo, como queriendo decirle una vez más: «Todo saldrá bien. Te lo prometo, cielo».

Capítulo 5

ERIC

A nadie resultará extraño que no durmiese en toda la noche. Los pensamientos eran continuos, venenosos, y la preocupación era hiriente. No encontraba paz ni por un segundo. ¿Qué pasará con la boda? ¿Y Amanda? ¿Y mi madre? ¿Cuánto tiempo permaneceré en prisión? Además, durante la noche no cesé de oír ronquidos y movimientos extraños de cama.

Me encontraba en una especie de pabellón donde se amontonaban cientos de literas ocupadas por los reclusos. Cada uno de nosotros esperábamos el juicio cuyo veredicto nos obtendría la apreciada libertad o el traslado a una prisión federal. Había una mezcla de razas y edades: afroamericanos, caucásicos, latinos, asiáticos... Una convención de la ONU sería una atmósfera similar salvo por el atuendo. Nosotros llevábamos unos monos de un color azul desteñido.

Me miré la muñeca donde antes lucía un reloj de seis mil dólares, ahora solo observaba piel y vello. Todas mis pertenencias las había dejado a la entrada, justo antes de desnudarme y cachearme. La cama no era más que una tabla de madera con un colchón que parecía más bien una enorme esponja más que un objeto construido para el descanso. Me parecía irónico, incluso divertido, pues el conjunto de todas las literas se me asemejaba a los campamentos a los que era tan aficionado de niño. Mi madre los veranos me obligaba a apuntarme a alguno para que no estuviese siempre jugando al fútbol.

Ahora la situación había cambiado por completo, y el entretenimiento se había esfumado dejando paso a una calma tensa que acompañaba a las horas y minutos. Sentía que cerrar los ojos o,

incluso parpadear, era sinónimo de bajar la guardia, por lo tanto, podía ser atacado. Al menos así eran mis sensaciones en mis primeras horas en el Centro de Detención del Condado.

Me fijé una vez más en mis compañeros, eso sí, con cuidado de no llamar demasiado la atención. Buscaba gente despistada como yo, que se notara claramente que era su primer día, quizá un europeo. De esta forma formaríamos una pequeña alianza contra las potenciales adversidades. Mientras releía de nuevo el reglamento de la prisión, me fijé en dos personas. Uno con gafas, edad similar a la mía, de mirada asustadiza y estatura algo menor; y otro más corpulento, de movimientos pausados y con el cabello teñido de verde. Ambos no hablaban con nadie y se les veía aislados, seguramente era la misma percepción que yo ofrecía al resto. No me cabía ninguna duda que todos habían advertido mi condición de novato.

Me senté sobre la cama esperando la hora del desayuno. Seguía enfrascado en la lectura del reglamento cuando se acercaron dos hombres latinos, con tatuajes en brazos, cuello y cabeza. Su aspecto era fiero y amenazador. Habían tardado menos tiempo en abordarme de lo que pensaba. Me puse en guardia y apreté los puños. Se colocaron a mi lado en silencio, clavándome su desconfiada mirada.

—¿Tú eres Cassel, verdad? —preguntó uno de ellos con voz ronca.

Con el rabillo del ojo, me fijé a mi alrededor. El resto de los reclusos seguía concentrado en sus quehaceres. Asentí con la cabeza con cierta desgana.

—Hazme un favor, güey, fírmame un autógrafo para mis hijos —dijo entregándome un trozo de papel higiénico y un lápiz.

Procurando no ser demasiado descarado, respiré aliviado.

—Claro, ¿cómo se llaman?

—Luis Javier, Gustavo Alfredo, Beto y María Guadalupe.

—María Ascensión —corrigió el otro.

—Eso, María Ascensión.

Apoyado sobre el reglamento, firmé como pude, suavemente para no romper el papel. En cuanto terminé, agradecí con una sonrisa el gesto. La pareja de latinos se marchó sin decir nada.

Al cabo de unos minutos, un guardia desde la reja me hizo un gesto con la mano para que me levantara del camastro.

—Tienes visita.

—¿Quién?

—Ni lo sé, ni me importa.

Salí del pabellón custodiado por otros guardias, caminando a la sala de visitas en completo silencio. Salí al exterior, crucé un camino de grava y entré en otro módulo con aspecto de casa prefabricada. Al entrar en la sala, observé a un hombre de pelo rizado y mejillas sonrosadas. A pesar de que estaba sentado, se intuía que alcanzaba por lo menos los dos metros de altura. Vestía con un traje caro, oscuro. En cuanto me quitaron las esposas, los guardias cerraron la puerta detrás de sí.

—Buenos días, Eric. Soy tu abogado, Brian Alder —dijo tendiéndome la mano.

—Lo supuse —dije estrechándosela.

—Por favor, toma asiento —dijo indicándome la silla.

Sobre la mesa descansaba un maletín de cuero y la documentación del caso. Me fijé en que había partes subrayadas y anotaciones a mano. En poco segundos la impresión que me había hecho de mi abogado era buena, lo que me infundió esperanzas de una pronta liberación.

—¿Cómo estás? —preguntó con seriedad.

—He estado mejor, sinceramente.

—Lo comprendo —dijo inclinando la cabeza—. Antes de empezar me gustaría dejar claro mis honorarios para evitar confusiones o malentendidos. Cada hora facturada es de 200\$. Además del ingreso en una cuenta corriente de una base de 20.000\$. De ahí se irá descontando el dinero, tanto de las horas facturadas como del primer pago por aceptar el caso de 5.000\$. Si sobra dinero se le reintegrará, por supuesto. De lo contrario, le presentaré los gastos correspondientes.

—Acepto —dije, confiado que al ser una recomendación de David, no era necesario conocer su experiencia laboral.

—Fabuloso. Manos a la obra entonces —dijo con una amplia sonrisa—. Lo primero que ha de saber es que esto se trata de un caso más bien político. No sé si conocerá al fiscal del distrito, se

llama William Garrison, y se presenta a la reelección. Las elecciones serán tan reñidas, Eric, que los candidatos tiran de recursos rozando la legalidad. Su desgracia ha sido ser un jugador de fútbol mundialmente famoso, y aquí en Estados Unidos, como usted bien sabe, la comunidad latina es muy poderosa. Una sentencia ejemplar dispararía la popularidad de Garrison y prácticamente le aseguraría la reelección por cuatro años más.

Respiré hondamente. De repente, mi situación se complicaba, y todo mi sueño de una pronta puesta en libertad se esfumó como arena entre las manos.

—Lo que me quiere decir es que si se hubiese tratado de un ciudadano anónimo, no estará aquí —dije.

Alder asintió con la cabeza lentamente. De reojo, observé cómo los guardias giraban la cabeza para comprobar que todo estaba bien.

—Tengo el caso perdido entonces —dije.

—No, en absoluto, para eso me ha contratado. Lo primero que vamos a hacer es presentar un recurso para que le concedan la libertad condicional y pueda volver con su prometida.

Solo con imaginar que volvía a abrazar a Amanda mi cuerpo se estremecía. Sin ella a mi lado me sentía desesperado.

—Lo segundo que vamos a hacer es contratar a un detective privado —dijo.

Fruncí el ceño, por lo que Alder sintió la necesidad de explicarse.

—Eric, necesitamos tirar de todos los recursos posibles. El detective privado que colaboraba con nosotros es un antiguo policía. Conoce a la perfección qué resortes tocar para obtener *off the record* información que de otra forma no estaría disponible. Créame, es la mejor inversión que se puede hacer después de contratarme a mí. Desde hoy mismo nos ponemos manos a la obra. Ahora tengo que ir a un juicio —dijo mirando su reloj.

—¿Necesita algo? —preguntó el abogado colocando la carpeta en el maletín y poniéndose de pie.

—No, estoy bien.

Alder metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la cartera. Sobre la mesa deslizó un billetes de cien dólares.

—Lo necesitará y, no se preocupe, lo cargaré a mis honorarios.

Cogí el dinero y lo guardé en mi bolsillo. Lo que antes constituía para mí calderilla, se convertía de pronto en un auténtico tesoro.

Alder caminó hacia la entrada y tocó en la puerta. Me quedaba una pregunta más, la cual me había rondado durante la reunión esperando que saliera el tema.

—¿Cuánto es el tiempo máximo que puede caerme?

—No pienso en eso ahora —dijo con un gesto de la mano, como sin darle importancia.

Los guardias entraron en silencio dispuestos a devolverme al módulo.

—Necesito saberlo —dije mirándole fijamente.

Alder se detuvo en el umbral de la puerta.

—Unos cinco años.

Me llevé las manos a la cabeza. No podía ocultar una gran decepción por el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Todo era irónico, cuando estaba a punto de tocar el cielo con Amanda, me estrellaba contra el suelo.

Al regresar al pabellón sentí que mi confianza se resquebrajaba. Cinco años se me antojaba una vida entera desperdiciada. Saldría con treinta y cinco años. ¿Qué sería de mí y de Amanda? ¿Sería justo pedirle que me esperara todo ese tiempo? No, espanté esa visión de mi cabeza. Tumbado en la cama solo me apetecía dormir hasta el día siguiente.

Al otro lado observé a un preso hablando por un móvil, lo cual me sorprendió. ¿Desde cuándo se permite?, me pregunté. Era un tipo de teléfono rudimentario, sencillo, no un smartphone, ya que eso te convierte en una víctima potencial de robo. Miré a mi alrededor, quizá alguien me ayudaría a buscar el método para conseguir uno. De esa forma hablaría con Amanda y mi madre cuando me apeteciese, en vez de sufrir colas eternas y durante una franja horaria predeterminada.

Al ver a los latinos a los que firmé el autógrafo me levanté y me acerqué a ellos. Uno estaba de pie y el otro sentado en la litera. En cuanto me vieron dejaron de susurrar y me miraron de arriba a abajo.

—¿Qué quieres, güey? —preguntó el de voz ronca.

—¿Cómo consigo un móvil?

Los latinos compartieron una mirada cómplice.

—¿Qué nos das a cambio? —preguntó el otro alzando la barbilla y cruzándose de brazos.

—¿Qué queréis?

—«Lana» —dijeron en español al mismo tiempo, como un coro.

—¿Cómo? —pregunté frunciendo el ceño.

—Dinero —respondió con desgana el de la voz ronca.

Moví la cabeza, comprendiendo que todo en la prisión tenía un precio, por pequeño que fuera el favor.

—¿Cuánto?

—Cincuenta dólares.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el billete.

—¿Tenéis cambio? —pregunté.

Los latinos se pusieron rígidos, tensando los músculos y mirando hacia donde estaban los guardias.

—¿Qué estás haciendo, loco? Así no. ¿No ves que está prohibido manejar dinero, pendejo?

—No lo sabía —dije dando un paso atrás y volviendo a guardar el dinero en el bolsillo—. Entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Deja el billete bajo la almohada, con disimulo, idiota.

Hice como que me sentaba y obedecí. Los latinos me dieron la espalda. A decir verdad, la situación me parecía un tanto ridícula, pero me abstuve de decir lo que pensaba. Aquellos latinos eran lo más cercano a un amigo con el que contaba. Me levanté y me fui a mi litera, a la espera de acontecimientos.

Me quedé de pie mirando el televisor que colgaba del techo. Emitían las noticias de un accidente de coche en el Strip. Una reportera hablaba en directo desde la calle, intensa como si se encontrara en medio de una guerra en Afganistán. Detrás de ella se observa el vehículo siniestrado.

Al cabo de unos cinco minutos, de reojo observé cómo la pareja de latinos se aproximaba por el pasillo de literas. Golpeé nerviosamente el camastro con la palma de las manos varias veces, como si tocara un tambor. Al llegar a mi altura, uno de ellos lanzó una especie de papel sobre la cama y el otro me susurró sin detenerse:

—Busca al guarda Ferguson.

Los latinos se alejaron sin decir una palabra más. Me fijé en la cama, donde yacía el billete de cincuenta arrugado. Al otro lado de la reja, dos guardas charlaban, ajenos a todo.

Capítulo 6

AMANDA

Me encontraba a punto de llegar a la suite de mis padres en el MGM. Me había citado con ellos, mi hermano y la madre de Eric para comunicarles las últimas novedades. Me sentía con una angustia terrible en el estómago, pues era portadora de malas noticias. Por consejo de David, había decidido, por desgracia, posponer la boda. Era improbable que Eric fuera liberado para el domingo, así que lo mejor era evitar esta incertidumbre que incomodaba a todos los invitados. Me sentía avergonzada por todo lo que estaba sucediendo, y lamenté que mis padres y la madre de Eric, más que nada, sufrieran por nosotros. Pero ¿qué podía hacer yo? Solo controlar mis emociones, las cuales eran una mezcla de rabia, tristeza y frustración. Durante la noche me había sido imposible conciliar el sueño y, por la mañana, mientras llevaba a Scott al colegio, me costó reprimir las lágrimas al contarle que Eric estaba de *viaje en París*.

—Hija mía, menos mal que estás aquí ya. Estoy muy nerviosa —dijo mi madre nada más verme. Sus manos le temblaban.

Roy, Marion y mi padre me saludaron con un fuerte abrazo, como si quisieran traspasarme toda su energía positiva. Ellos se imaginaban por lo que estaba pasando. Especialmente significativo fue el momento entre mi futura suegra y yo. Nos unía la preocupación por Eric más que por la boda. Sentí que en ese momento nacía un vínculo especial entre nosotras.

—¿Cómo estás, Marion? —pregunté tomándola por los brazos.

—No he dormido nada esta noche. Qué mal lo debe estar pasando en la cárcel... Pobre hijo mío —se lamentó con la mano en

el pecho—. ¿Cuándo podremos visitar a Eric?

—El domingo. Iremos con Scott a verle. No te preocupes.

—¿Has podido hablar con él? —preguntó Roy, tomándome por la cintura.

—De momento, no. Seguro que intentará llamarme antes del domingo —dije mirándole—. Lo mejor será que nos sentemos.

Me senté entre Marion y mi madre en el cómodo sofá que presidía la suite. Roy tomó asiento en un sillón, a un lado de nosotras. Mi padre permanecía de pie, paseando sin cesar, seguramente para calmar sus ansias de fumar. Aunque no había hablado mucho, sabía que estaba tan preocupado como el resto. A mi padre siempre le había costado expresar sus emociones. Era de esa clase de hombres que siempre se había dedicado casi en exclusiva al trabajo para que nunca faltara comida sobre la mesa. Siempre supuse que al tener a Scott tan joven supuso una pequeña decepción para él, pues siempre había deseado que fuera a la universidad, algo que Roy tampoco hizo.

Les comenté a mi familia y a Marion los motivos de la detención de Eric. David, la noche anterior, después de hablar con Brian Alder, me reveló las razones ocultas que provocaron que la policía pusiera los ojos en mi prometido. No era de extrañar la ola de indignación que sufrió mi familia. Ellos estaban tan rabiosos como yo.

—No puedo creerlo —dijo mi padre negando con la cabeza.

—No sé de qué te sorprende. No será la primera vez ni la última que ocurra en este país. La justicia es un medio para la política, no al revés —dijo mi hermano, escéptico.

—La justicia y la política funcionan en Estados Unidos, solo porque una manzana podrida se comporte de esta forma, no significa que haya que tirar todo el cesto —dijo mi padre.

—Bien, dejadlo estar, ahora no es el momento —dijo mi madre—. Os encanta discutir de política, como siempre.

La situación de Marion no era sencilla. Se encontraba en un país que no era el suyo, con su hijo en la prisión, y siendo víctima injusta de un complot político. De alguna forma, sentía que mi tristeza no podía ser mayor que la suya. Cada vez que la miraba me sentía fatal, sin embargo, ella parecía entera.

—Creo que en estas circunstancias lo mejor será posponer la boda —dije mirando a todos.

Mi familia expresó su disgusto con caras largas y melancólicas. Comprendían mi decisión pero les causaba tristeza. Agradecí verme arropada por ellos, tenerles cerca me infundaban ánimos y esperanza. A pesar de que no éramos una familia perfecta, me sentía contenta y orgullosa por ser miembro de ella. Aún así, necesitaba espacio vital para gestionar toda la vorágine de acontecimientos, por lo que tuve que tomar una difícil decisión.

—Lo mejor es que os vayáis a casa, y vengáis para la boda. — dije procurando no ser demasiado brusca—. Marion y yo apoyaremos a Eric desde afuera como nos sea posible.

—Hija, nosotros nos quedamos —dijo mi padre.

—Sí, y yo también —dijo Roy.

—Y yo —dijo mi madre.

Las muestras de apoyo provocaron que la emoción me embargase, pero debía pensar con claridad.

—Muchas gracias, pero lo mejor es que volváis a casa. Ni se sabe el tiempo que tardará esto. Roy, tú tienes un negocio que atender, me sentiría mucho peor de lo que me siento ahora si estuvieras aquí para dejarlo de lado. Mamá, papá, os digo lo mismo. Os lo agradezco de corazón, pero como le he dicho a Roy, al final, me siento peor si os veo durmiendo en el sofá de casa o vete a saber dónde.

—Hija, alquilaremos un hotel barato. No queremos ser una molestia —dijo mi madre.

—Lo sé, mamá —dije con un hilo de voz, entrelazando mi mano con la suya.

—Creo que comprendo a Amanda, y si fuera mi situación, os pediría lo mismo —dijo mi hermano mirando a mis padres.

Cuánto agradecía la ayuda de Roy. Lo último que deseaba era herir a mis padres, pero tenerlos todo el tiempo me causaría ansiedad y, a la larga, quizá alguna discusión innecesaria. Además, también debía ocuparme de Marion.

—Bueno, si tanto molestamos, hoy mismo nos vamos. Robert, vamos al aeropuerto a comprar los billetes —dijo mi madre,

poniéndose de pie y caminando hacia la salida, herida en lo más profundo.

—Mamá, por favor, no te enfades —dije saliendo detrás de ella—. Compréndeme. Os llamaré todos los días para contaros las novedades.

—Si no me enfado —dijo emocionada, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Ambas nos abrazamos en silencio. A continuación, la tomé del brazo para sentarla de nuevo a mi lado.

—Marion, ¿quieres venir a mi casa o prefieres quedarte en el hotel?

—Si no te importa, seguiré en la suite. No quiero causarte problemas. Por cierto, me gustaría cancelar el billete. Quiero quedarme al lado de mi hijo. Aún me quedan tres semanas de vacaciones.

—No habrá ningún problema —dije, sonriéndola.

—Amanda, necesito saber una cosa —preguntó Marion, y a continuación permaneció en silencio unos segundos, pensando la pregunta—. ¿Te ha dicho el abogado a cuántos años le pueden condenar?

La respuesta era tan pésima que decidí postergarla. No me sentía bien mintiendo, pero creo que el disgusto de la detención ya era más que suficiente por el momento.

—Aún es pronto para saberlo —dije.

Aunque no me apetecía trabajar, mis obligaciones estaban con el Bistró, así que me obligué a concentrarme y, como siempre, dar lo mejor de mí. Quizá después de todo, era aconsejable olvidar la amargura por una horas.

Antes de entrar, miré el móvil: sin llamadas de Eric, lo cual me sorprendió. Supuse que no era sencillo llamar por teléfono desde la prisión. Quizá necesitaría ser autorizado, qué sé yo. Aún así, no lo apagué como siempre hacía al entrar al restaurante, sino que esta vez lo dejé encendido, con el vibrador y tono de llamada alto para

que no pasara desapercibido. Lo último que deseaba era que Eric no pudiera contactarme.

Antes de entrar a los vestuarios, llamé a Kate, seguramente estaba preocupada y ansiosa por conocer el estado de Eric. Marqué el número, oí los tonos de llamada, sin embargo, se cortó la llamada. Me resultó un tanto extraño, pero no le concedí demasiada importancia.

—Cinco años le pueden caer —le dije a Melissa mientras me cambiaba.

—¿Tanto? Pero qué barbaridad. Lo siento mucho, amiga.

Melissa me colocó una mano en el hombro, dedicándome una media sonrisa.

—Gracias. Apenas salíamos del problema con Harry, ahora nos toca esto. ¿Cuándo dispondremos de tranquilidad?

A veces mi mente me ofrecía imágenes escabrosas de lo que le pudiera estar pasando a Eric en la cárcel y me echaba a temblar. La droga, las peleas, los asesinatos... Todo eso sucedía a diario en las prisiones. Dios mío, me resultaba imposible el no pensar en su sufrimiento. Mi pobre Eric Cassel. Cuánto lo amaba y cuánto lo echaba de menos.

—Saldremos de todo esto —dijo Melissa.

—Eso espero —dije sonriendo—. Entra tú, voy a hablar con Richard un momento.

A los diez minutos me encontraba en su despacho. Como siempre, por la mañana, ojeaba Las Vegas-Review Journal. Por desgracia, desde nuestro malentendido se había producido un distanciamiento entre ambos. La entrada de Melissa le había desautorizado a ojos de la plantilla del restaurante, pero en mi ánimo nunca estuvo el de pasarle por encima. Todo fue fruto de la casualidad.

—Richard, he tenido que posponer mi boda —dije tomando asiento.

—¿Qué ha pasado? ¿El novio se lo ha pensado? —preguntó haciendo una mueca burlona.

Prefería ignorar su falta de sensibilidad.

—No, pero no quiero entrar en detalles. Es algo personal.

En la medida de lo posible, deseaba evitar que el encierro de Eric fuera la comidilla del casino.

—Como quieras —dijo tocándose las vistosas gafas—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Verás, desde mañana me había tomado diez días libres para mi boda y para la luna de miel.

Richard asintió con la cabeza. Sus manos estaban entrelazadas sobre la mesa en actitud paciente.

—La situación ha cambiado y de momento, no voy a tomarme esos días libres. Quizá más adelante —dijo.

—¿Significa eso que seguirás trabajando?

—Sí, es lo que me gustaría para no perder esos días.

Richard negó con la cabeza.

—Avisar con tan poca antelación nos supone un problema de planificación de horarios. No sé si se podrá hacer —dijo mirándome fijamente.

La venganza de Richard había llegado. Estoy convencido que estaba esperando su momento para resarcirse de su derrota. Supone que disfrutaba enormemente devolviéndome el golpe.

—Es un caso excepcional, Richard. Ha ocurrido una situación inesperada y si me tomo los días ahora, después no tendré ninguno.

—No veo eso que sea culpa de la empresa, Amanda. Tienes los días que solicitaste. Comprende que el departamento de RR. HH. no trabaja en exclusiva para ti. Necesitan trabajar con antelación, sino sería un caos.

—Sé que no trabajan para mí, pero estoy seguro que esta empresa, aunque tenga innumerables empleados, no se ven todos los días en situaciones como esta. No creo que sean tan inhumanos para permitir una boda sin luna de miel.

—Oh, bien, no te preocupes, que yo transmitiré la petición a RR. HH. para que el martes o miércoles te incorpores. Por desgracia, hoy es viernes, los fines de semana no trabajan, así que hasta el lunes me temo que no podré cursar tu solicitud —dijo cruzándose de brazos.

Miré mi reloj, sorprendida.

—Pero aún quedan tres horas para las tres de la tarde —dije—
Tienes tiempo de sobra para avisarles.

—Sí, lo sé, pero ahora estoy ocupado —dijo enterrando la vista
en el periódico.

Ahora perdería dos o tres días de mis días libres, lo que eso
supondría recortar mi luna de miel en las Islas Seychelles, si se
producía, claro. Sabiendo que era una batalla ya perdida, me
levanté de la silla.

—Que tengas un buen día —dije secamente mientras
abandonaba su despacho.

—Tú también —dijo sin levantar la vista del periódico.

Capítulo 7

ERIC

—Tenemos buenas noticias para ti, Eric —dijo Brian Alder nada más entrar en la salita.

Una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro bien afeitado. Toda mi vida dependía de su capacidad como abogado; estaba en sus manos y, de momento, me transmitía buenas vibraciones.

—Soy todo oídos, Brian —dije inclinándome sobre la mesa, mi pie se movía con inquietud bajo la mesa.

Afuera, como de costumbre, un guardia esperaba a que finalizase mi reunión para llevarme de vuelta al módulo de presos. Por la ventana se veían a otros presos camino al encuentro con sus respectivos abogados.

Eric sacó una carpeta de su maletín y la abrió con lentitud, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, lo que contrastaba con mi ansia por saber las novedades. Me fijé que llevaba un alfiler de corbata bañado en oro.

—El detective que contratamos ha dado sus frutos, y mucho más rápido de lo que esperaba. Lo que ha descubierto es auténtica dinamita, Eric.

—¿Significa eso que saldré pronto? —pregunté con el pulso acelerado.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Brian con un gesto de la mano—. Verás, al parecer en las escuchas hay una tercera persona que no sale en la transcripción. La policía manipuló las grabaciones seguramente porque no le convenía lo que se decía al final, por eso la editó de la forma que hemos leído, para inculparte.

—¡Qué malnacidos! —exclamé, furioso, mirando hacia la ventana, como si el mundo exterior fuera culpable.

—Tengo que decirte que en pocos casos como este he visto una situación de flagrante injusticia. Aunque sé que no es un consuelo, porque eso no sirve para sacarte de aquí —dijo señalando con un dedo la mesa, refiriéndose a la cárcel—. Ahora lo siguiente es encontrar a esa persona, Jorge Ashen, lo cual no creo que sea complicado.

—¿Y una vez que sepamos dónde está, qué es lo siguiente?

—Vendrá la parte más correosa. Hablaremos con él para que nos diga cómo transcurrió realmente el diálogo. Con suerte, eso te libraría de todos los cargos y serías puesto en libertad de inmediato.

—Pero, ¿qué pasaría entonces con los que me acusan de estar involucrado, Guzmán Moreno y el Chapo?

—Lo más probable es que hayan llegado a un acuerdo con la fiscalía para que se le reduzcan sus penas si testifican en contra de ti. Con nuestro tercer hombre, Jorge Ashen, sus testimonios serían fácil de desmontar frente a un jurado.

Me reacomodé sobre el asiento y suspiré largamente. Mi sensación era agridulce. Por un lado, debía sentirme alegre porque se abría un camino sólido para la esperanza, sin embargo, aún era un camino con muchas sombras. Por primera vez en mi vida tenía un miedo terrible al fracaso. Sí, en el deporte, en el cine... había encontrado momentos de gran amargura, pero siempre encontraba una nueva situación para redimirme, para empezar de cero. Pero con apenas dos días entre rejas, como un vulgar delincuente, mi ánimo estaba vapuleado.

Ante de irse Brian me había entregado otro billete de cien dólares que llevaba en el bolsillo. Camino al módulo de presos me detuve para hablar por teléfono con Amanda con el permiso de los guardas, los cuales se marcharon a sus quehaceres. Una larga fila de presos impacientes esperaba su turno para dos únicas cabinas. Según parecía, el reglamento no fijaba un tiempo determinado para cada llamada.

Al cabo de una media hora llegó mi turno. Como se trataba de una llamada a cobro revertido, no eran necesarios las monedas, así que directamente marqué el número del móvil de Amanda.

Imaginé que estaría trabajando en ese momento. Tragué saliva, por fin hablaría con la mujer de mi vida. Una voz electrónica me informó que la otra persona estaba recibiendo la petición para aceptar o no la llamada. Oí los latidos de mi corazón retumbando por el cuerpo. Al cabo de unos segundos oí su sexy voz.

—Hola, amor mío, ¿cómo estás? —preguntó con un tono de alivio.

—Cariño, qué alegría oírte —dije con el alma rota—. Estoy bien, echándote de menos a cada segundo.

—Yo también. No hago más que pensar en ti, Eric —dijo con un hilo de voz, emocionada—. Ayer soñé contigo.

A pesar de las barreras, nuestro amor continuaba fluyendo más allá de nuestros cuerpos. Sentí que íntimamente estábamos conectados.

—¿Ah, sí? ¿Cómo fue el sueño? —pregunté agradecido por haber hablado de las tediosas rutinas de la cárcel.

—Estábamos tú y yo de luna de miel —dijo, relajándose, como si fuera una llamada corriente entre una pareja—. En las islas Seychelles, en una playa privada con el agua color turquesa en la orilla, remojándonos los pies. Tú estabas a pecho descubierto superatractivo como siempre, y yo con un pareo fucsia, tumbada en la hamaca... Tú me mirabas con esa mirada gris que me taladra el alma, y con el pelo mojado.

Cada palabra que ella me pronunciaba era mágica; me transportaba a su sueño logrando evadirme de los muros de hormigón que me retenían injustamente.

—Suenas como el paraíso, amor —dije en un susurro.

—Después hacíamos el amor hasta el anochecer...

—Me imagino estar dentro de ti, agitándote de placer, oliendo a sal, con mis manos acariciando tu piel bronceada. Tu pelo rubio alborotado por el viento...

La oí suspirar, y durante unos segundos dejé que el silencio fuera como un colchón que mitigase nuestra frustración por no mirarnos a la cara, olernos, y abrazarnos.

—Aún guardo el sabor del último beso que nos dimos en la comisaría —dije.

—Eric, estás en la misma ciudad y, sin embargo, estás tan lejos... Me estoy volviendo loca sin ti.

—Te llamaré todos los días. Te lo prometo, amor mío. ¿Estás en el trabajo?

—Sí, en cuanto he visto un número oculto, sabía que eras tú. Estoy en los vestuarios.

—¿Y mi madre cómo está?

—Lo lleva como puede. Iremos todos a visitarte el domingo.

Una profunda alegría me embargó.

—Amanda, dime, ¿tú cómo estás? De verdad... —dije deseando que ella liberara su angustia, incluso su enfado conmigo.

Se hizo un silencio. De pronto me sentí cansado, anhelaba tocar a Amanda, besarla mil veces, perderme otra vez en su cuerpo sinuoso. El corazón me martilleaba de angustia y tristeza. Hubiera dado lo que fuese por cinco minutos delante de ella en ese momento.

—¿Cómo quieres que esté?

—Te he hecho daño... —dije en tono grave—. Créeme que jamás pensé que esto pudiera ocurrir. Estás aguantando mucho.

—Saldremos de esta, ya lo verás.

Necesitaba oír esas palabras optimistas porque mi fe se iba resquebrajando poco a poco, aunque gracias a ella seguía aún en pie.

—Lo único que quiero es que dejes de castigarte, amor mío —dijo.

—Tu vida no era tan complicada hasta que aparecí yo —dije sabiendo que merecía una reprimenda.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Has enriquecido mi vida en todos los sentidos. Además, los malos momentos forman parte también de las relaciones.

—Parece que los estamos sufriendo ahora todos juntos. Mejor, así después no tendremos ninguno —dije sonriendo.

Oí la risa de Amanda y me imaginé sus labios, su fabulosa boca de la que nunca me cansaba. Era tan fácil deslumbrarse por su belleza que solo unos pocos privilegiados conocíamos su valía

interior, aquella bondad infinita que, curiosamente, potenciaba su físico.

—Cariño, tengo que dejarte —dijo con lástima.

—¿Cómo está Scott? —pregunté deseando alargar la conversación hasta donde pudiera.

—Bien, pregunta mucho por ti, como siempre. No le he dicho que estás en la cárcel, sino que has tenido que ir a París por unos días.

Cuánto echaba de menos esa risa contagiosa de Scott al hacerle cosquillas. No veía la hora de estrujarlo entre mis brazos.

—Por favor, cariño. Cuida de mi madre. No lo estará pasando bien —dije sabiendo que Amanda estaría cuidando a las mil maravillas de ella.

—Descuida. Lo haré. Un beso, amor mío.

—Hasta pronto, amor...

Su voz se apagó al otro lado y me quedé con el auricular en la mano con una sensación profunda de vacío.

Al cabo de un rato regresé de nuevo al pabellón donde las horas transcurrían con lentitud, y el entretenimiento resultaba escaso. La televisión a todas horas al menos era útil, pero al cabo de un tiempo resultaba monótono e irritante. El duo latino se entretenía charlando entre ellos y otros reclusos de su raza. Algunos leían y otras dormitaban en las literas.

En cuanto observé a un nuevo guarda, me levanté de mi camastro y me acerqué a la reja. Un hombre de barriga prominente me miró de arriba a abajo. Alcé las manos, para mostrar que carecía de intenciones ocultas. En el bolsillo de su camisa se leía un nombre: Ferguson. Era mi hombre. Llevaba una pistola enfundada colgando del cinturón y una porra al otro lado del cinturón.

—Estoy buscando un teléfono —dije.

—¿Y a mí qué? —preguntó sin mirarme, encogiéndose de hombros.

—Me han dicho que tú me puedes ayudar.

Ferguson miró a su alrededor. Solo había un compañero más al fondo del pasillo, y otro dentro de una garita vigilando el módulo

gracias a varios monitores.

—¿Tú eres el futbolista famoso?

—Supongo que sí —dije, extrañado que un americano supiera de mi identidad.

—Por ser tú, te lo voy a dejar en \$500.

Le examiné el rostro por si se trataba de una broma, pero su seriedad no dejaba lugar a dudas. Supongo que sería injusto culparle por sacar beneficio de mi urgente necesidad. Era ley de oferta y demanda.

—Está bien, acepto —dije a regañadientes, sabiendo que era una estafa. Por suerte, el dinero no constituía un problema.

Ferguson no dijo nada y se retiró de la reja sin mirarme.

Después de cenar, me encontraba de nuevo en la litera, leyendo un periódico viejo. En la televisión emitían un programa de entrevistas con, sobre todo, actores de Hollywood. Allí vi por ejemplo a Ryan Jones, un actor de moda con cuya pareja había mantenido una relación ocasional —Samantha— en Nueva York. Me pregunté cómo le estaría yendo. El novato de gafas al que le eché el ojo el primer día se colocó una toalla al hombro, preparándose para la ducha.

Ferguson me llamó con disimulo. Ansioso, dejé el periódico a un lado y me acerqué a la reja.

—¿Tienes el dinero? —preguntó con brusquedad.

Metí la mano en el bolsillo y saqué varios billetes, que entregué en el acto. Ferguson ni siquiera contó el dinero, los guardó en el bolsillo de la camisa, donde en un lateral se leía «Condado de Las Vegas».

—Ve a las duchas. Lo que buscas se encuentra debajo del lavabo que está en el medio.

Ferguson se apartó de la reja para regresar a la garita, y yo me dirigí adónde me había indicado. No veía la hora de obtener ese teléfono para llamar a Amanda cuando me apeteciera e incluso enviarle algún mensaje que otro. Caí en la cuenta que, al tratarse de una línea de prepago, debería recargar el teléfono con cierta asiduidad. Supuse que Ferguson me ayudaría a cambio de una tarifa, por supuesto.

Al entrar en las duchas, me encontré un espectáculo lamentable. Dos afroamericanos pegaban al recluso con gafas, que se encontraba en el suelo protegiéndose de los golpes, con solo los calzoncillos puestos. En sus brazos se observaba un rastro de sangre. Sin pensarlo dos veces, me abalancé sobre ellos. Empujé a uno, el más alto, y con un tatuaje en el cuello de varias anillas. Se tropezó con el portugués y cayó al suelo. El otro, con cara de rabia, vino hacia mí. Aunque no era un método muy honorable, lancé una fulminante patada a su entrepierna provocándole tanto dolor que lanzó un aullido.

Mientras tanto, el otro, ya recuperado, apretó los puños y se abalanzó sobre mí con los ojos de un loco. Amagué por la derecha y lancé un puñetazo con la izquierda que le hizo caer redondo al suelo. El recluso con gafas se levantó a duras penas y salió corriendo hacia la salida.

Enseguida entró Ferguson, y en su cara se reflejó una expresión de incredulidad. Negó con la cabeza. Pensé que me felicitaría, pero lo que me dijo me dejó petrificado.

—¿Qué has hecho, idiota? —dijo Ferguson con los brazos en jarras—. Te has enemistado con Morgan y su pandilla. Considérate muerto.

Capítulo 8

AMANDA

Me encontraba en el despacho de Brian Alder, después de solicitar una reunión con él para saber de primera mano cómo se iba desarrollando la defensa. Al ser sábado llevaba a Scott conmigo y, por supuesto, a Marion, pues ella también deseaba conocer los detalles del caso de Eric.

—Siéntate en el sofá y juega un rato, ¿vale? —dije a mi hijo entregándole el iPad. Necesitaba concentrarme porque sabía que sería una conversación compleja.

Brian era un abogado más joven de lo que esperaba, lo cual me hubiese inquietado si no hubiese sido una recomendación de David. Su oficina se encontraba en la Avenida Flamingo, en uno de tantos centro comerciales. La apariencia del despacho era fabulosa, con cuadros impresionistas, y personal trajeado y perfumado. Me dio la impresión de que si alguien podía ayudar a Eric era el abogado que tenía delante de mí.

—¿Mañana irá a visitar a su prometido? —preguntó Brian.

—Sí, iremos toda la familia —dije mirando a Marion, la cual asintió con la cabeza.

—Aunque Eric es un hombre fuerte, el apoyo moral y anímico que le podáis brindar es fundamental.

—Sí, por supuesto. Lo sabemos —dijo Marion.

Se creó un silencio. Brian captó que estábamos ansiosas por saber qué había averiguado el detective del caso con respecto al testigo Jorge Ashen.

—Bien, las pesquisas han dado buenos resultados. Según ha podido averiguar, Ashen afirma que el hecho de que se mencionase

a Eric no fue más que un malentendido entre ellos. Habían quedado con Eric, sí, pero solo para la venta de un gramo de cocaína, no de 3 kilogramos. Pero, claro, la grabación convenientemente se detiene antes de que deshaga el malentendido.

Marion y yo nos cogimos de la mano y sonreímos. Sin duda, era una estupenda noticia, pero Brian no permitió que la alegría nos desbordara, pues con un gesto de la mano nos frenó en seco.

—Por desgracia, no quiere declarar a nuestro favor, y eso es un duro revés a nuestra estrategia.

—Pero, no lo entiendo, ¿cómo que no quiere declarar a nuestro favor? Él participó en esa charla y está obligado a decir la verdad. Lo dice la ley, ¿verdad?

Brian carraspeó.

—Sí y no. La ley le obliga a decir la verdad, por supuesto, y de hecho podríamos citarlo a declarar incluso contra su voluntad, pero lo que no podemos hacer es obligarle a que realmente diga la verdad, pues no habría forma de saber si lo que dice es cierto o no.

Sentí una profunda decepción, a cada paso surgía un nuevo e insalvable obstáculo.

—¿Por qué no quiere decir la verdad? —preguntó Marion.

—No lo sé —dijo abriendo los brazos, en gesto de resignación—. Pueden ser varios motivos. Entre ellos, el miedo a las represalias.

—Si busca dinero, mi hijo seguro que consigue llegar un acuerdo con él —dijo Marion.

—Me temo que esa es una solución que no puedo recomendarles porque iría contra la ley. Me quitarían la licencia por diez años y acabaría en prisión —dijo cruzándose de brazos.

Me quedé pensativa, había llegado el momento de imaginarme con seriedad un largo procedimiento judicial. Algo que deseaba evitar a toda costa, pues vivir sin Eric sería insoportable para mí.

—Brian, sea honesto. Tal y como están las cosas ahora, ¿cómo ve usted el caso? ¿Cree que se ganará? Por favor, insisto en que sea honesto y diga lo que piense —dije.

Se hizo un breve silencio en el que se oían los ruidos electrónicos del iPad. Brian echó su espalda sobre el asiento y entrelazó las manos.

—Ahora mismo la situación está al 50%. Creo firmemente que puedo evitar una condena a Eric... pero veo un proceso largo, un año, más o menos. Si no consigo que le otorguen la libertad condicional estará todo ese tiempo en la cárcel, como mínimo.

Salimos del despacho con el ánimo por los suelos camino al coche. Marion y yo nos lanzábamos lánguidas miradas.

—Mi pobre hijo, qué mala suerte. No tendría nunca que haber venido a este país, con lo bien que estaba en Francia. Él solo deseaba cantar un poco y regresar a casa. Si no hubieses roto con él, no habría tenido que refugiarse en la droga y acudir a ese dichoso aparcamiento.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Con toda la tristeza de tener alejado de mí a Eric, su madre me culpaba de la situación. Guardé silencio mientras pensaba qué contestarle. No quería iniciar una discusión, pues eso no conduciría a nada, salvo a enemistarnos. Su apoyo era tan vital como el mío, por eso necesitábamos permanecer unidas.

—Esas palabras no son justas, y tú lo sabes, Marion. Es imposible para mí adivinar el futuro —dije procurando mantener la calma.

Llegamos al coche y nos sentamos en silencio. De reojo observé que Marion se llevaba la mano a la cara repetidas veces, por lo que supuse que alguna lágrima se le estaba escapando.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó Scott, apoyándose entre los dos asientos.

—Vamos al Excalibur. Allí almorzaremos y podrás jugar —dije acariciando su barbilla.

Si había alguien que me impedía verme abajo ese era mi hijo. Era un niño tan bueno... Bastaba con mirarle, descubrir la ilusión que tenía por todo para llenarme de esperanza. A pesar de todo me sentía una madre privilegiada. Sinceramente, no sabía qué había hecho bien para ganarme un hijo así.

—¡Bien! —exclamó pegando saltos—. ¿Vienes tú, también, Marion?

Ella me miró. Entendí que, debido a su crítica, dudaba si acompañarnos o no.

—Claro que viene con nosotras. Es de la familia, cariño —dije mirando a mi hijo por el retrovisor.

Al cabo de unos quince minutos dejamos el coche en el valet del hotel. El Excalibur no es de los hoteles más lujosos de Las Vegas, pero el diseño desprende un encanto especial (y a Scott le fascinaba desde siempre. La fachada es como un castillo medieval, e incluso la entrada es una torre de piedra.

Mientras paseábamos por la galería comercial, pregunté a Marion si le apetecía disfrutar de algún espectáculo de los muchos que ofrecía la ciudad.

—Me haría ilusión ver el Circo de Sol. Son tan famosos... —dijo ella.

—No te preocupes, eso está hecho. Desde mi teléfono reservaré unas entradas para la sesión de las tres —dije sacando el móvil de mi bolso.

Aún quedaban varias horas para el inicio del espectáculo en el MGM, así que el plan era almorzar en el Excalibur y pasear por la zona. Quizá incluso a Marion le gustase la idea de conocer el hotel New York, New York, situado enfrente del MGM.

Pasamos cerca de un cartel de un restaurante que decía «bufé libre por \$25», cuando vimos que salían Lou y Kate. No sabía nada de ellos desde la cena de ensayo, y aún seguía extrañándome de aquella llamada rechazada. ¿Por qué no la habrían devuelto? Supuse que estarían muy ocupados con su restaurante.

—¡Kate, Lou! —exclamé alzando la mano para que me vieran entre el gentío, después me dirigí a Marion—. Son unos buenos amigos de Eric y míos. Estuvieron en la boda.

En cuanto me vieron, supe que algo andaba mal. En lugar de mostrar una sonrisa, murmuraron entre sí y se acercaron tímidamente hasta donde yo estaba. ¿Qué les pasa?, me pregunté.

—Hola, Amanda —dijo Lou seriamente—. Marion, ¿cómo está?

—Bien, gracias. Sí, ahora que os veo de cerca me acuerdo de vuestras caras. ¿Cómo están?

—Muy bien —dijo Kate lacónicamente.

—Te llamé para contarte las novedades de...

—Estaba ocupada, Amanda —interrumpió Kate.

Una extraña incomodidad se palpaba en el ambiente. Los gestos, las miradas, el silencio... Todo daba a entender que Kate y Lou preferían estar en otro lugar. ¿Qué podía estar pasando? Entonces lo vi claro. La detención de Eric.

—No te preocupes. Ya habrá otra ocasión para charlar —dije con ironía, sabiendo que eso ya sería improbable que sucedería.

—Por supuesto. Bueno, me alegro de veros —dijo Kate fríamente.

Cada uno seguimos nuestro camino. Miré a Scott, hipnotizado por la música electrónica de las *slot machines*.

—¿Todo bien? —preguntó mi futura suegra.

—Estoy estupefacta a decir verdad, Marion —dije sintiendo una gran decepción por la actitud de Lou y Kate. Para ellos nos habíamos convertido en una especie de apestados. No creían en la inocencia de Eric, por eso no deseaban que se les viera con nosotros. Seguramente pensarían que la publicidad que les daba Eric no les convendría al Mistral. Así pues, su «trabajo» en el restaurante había finalizado.

—Eran los mejores amigos de Eric en Las Vegas, y ya no quieren saber nada de nosotros.

—¿Por la detención de Eric?

—Sí.

—Entonces no eran realmente sus amigos. Estarían con él por interés más que nada. En situaciones como esta, lo único bueno es que sabes quién es realmente tu amigo. Por si acaso, será mejor que no se lo digas a mi hijo. Es muy sensible y se llevará un disgusto.

—No pensaba hacerlo.

—El único defecto de Eric es que es muy confiado. En París, cuando jugaba en el PSG, le salían amigos por todas partes. Él no dudaba en tratarlos bien, les invitaba a fiestas y cruceros, pero cuando se lesionó de la rodilla y eso le obligó a retirarse, algunos de esos amigos, no quisieron saber nada él. Por suerte, otros sí. Pero claro, mi pobre hijo se llevó un desilusión.

—¿Cómo era Eric de pequeño? —pregunté deseando saber muchos aspectos del hombre de mi vida.

—Un encanto —dijo con una sonrisa, disfrutando al hablar de su hijo—. Recuerdo que siempre le gustaba llamar la atención. Fíjate, cuando tenía tres años, fuimos a la boda de una prima mía. En plena ceremonia, con más de trescientos invitados, el muy travieso se metió bajo la falda de la novia. Todo el mundo se echó a reír. ¡Incluso el cura!

Me imaginé a Eric con esa edad. Me imaginé que debía estar para comérselo, guapísimo y adorable. Estaba intrigada y deseaba saber más.

El bolso me empezó a vibrar. Saqué el teléfono y miré en la pantalla para ver quién me llamaba. Un número desconocido. Fruncí el ceño.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó Marion.

—Una llamada anónima.

El teléfono seguía sonando, imperante. Rogué a Marion que cuidara un momento de Scott, y busqué un rincón discreto para descolgar.

—¿Diga?

—¿Amanda Armstrong? —preguntó una voz ronca y masculina—. Me llamo Jorge Ashen.

Solté un respingo. Era el hombre que mencionó Brian Alder esa misma mañana. Estaba ansiosa por saber el motivo de su llamada.

—Me gustaría hablar contigo lo antes posible sobre el caso de Eric. Es urgente —dijo.

—¿Por qué no nos vemos en el despacho de nuestro abogado mañana?

—No, no —respondió bruscamente—. Solos tú y yo.

Una creciente preocupación empezó a apoderarse de mí, pero no deseaba mostrarme desconfiada.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Si quieres que Eric salga de la cárcel, harás lo que yo te digo. Quedamos el lunes justamente donde estás ahora, en ese restaurante de \$25. A las cuatro.

El corazón sufrió un vuelco al saber que me estaba vigilando. Miré a mi alrededor con el pulso acelerado, pero nadie me pareció sospechoso. Los paseantes iban y venían ajenos a mi presencia.

La llamada se cortó y guardé el teléfono en el bolso, preocupada.

—¿Estás bien, hija? —preguntó Marion cuando me reuní con ellos—. Estás pálida.

—Estoy bien, esto bien —dije con una media sonrisa, sabiendo que lo mejor consistía en no decirle nada para no intranquilizarla.

Capítulo 9

ERIC

El domingo me levanté deseando que llegara la hora de la visita. Me sorprendió sentirme nervioso, como un niño el primer día de escuela. Los cuatro días entre rejas estaban siendo los peores de mi vida. Además, físicamente lo estaba pagando, pues mis ojeras eran más que evidentes. A mi alrededor observé que los demás presos también se mostraban inquietos. No era de extrañar, las visitas era la mejor forma de escapar de la rutina de ese infierno de rejas.

A la hora señalada, me llevaron a la sala de visitas junto al par de latinos que me facilitaron el contacto con el guarda Ferguson.

—¿Todavía estás vivo, güey? Me sorprende —dijo uno de ellos, refiriéndose al episodio de las duchas—. Morgan irá a por ti, tarde o temprano. Vigila tu espalda, hermano.

—Son peligrosos, y cumplen lo que dicen —corroboró el otro—. Y si te crees que te van a ayudar los guardas, estás equivocado. Les va de madre tus asuntos.

—De nada te servirá comprar protección aquí dentro. Nadie quiere ese empleo cuando se trata de protegerte contra *ellos* —dijo el primero haciendo un gesto como si le cortaran el cuello.

Me encogí de hombros dando a entender que esa situación estaba fuera de mi alcance. Lo último que deseaba expresar era mi temor o preocupación, pues en la cárcel eso es un imán para los problemas.

Por suerte, en cuanto vi a Amanda, a mi madre y a Scott, me olvidé de la angustia de las amenazas. La sonrisa de ellos fue como

una enorme fuente de energía positiva que me sacudió el alma. Amanda sujetaba a Scott con los brazos, por lo que me abracé a los tres de una sola vez.

—Qué alegría veros a todos —dije con una amplia sonrisa.

Besé a mi madre en la mejilla y la abracé.

—Hijo, ¿cómo estás? —preguntó, emocionada.

—Bien, dentro de lo que cabe.

Besé en la boca a Amanda, y a continuación también la abracé. Sin ella estaba perdido, y me pareció un sueño el tocarla por fin. Como siempre, su espectacular belleza iluminaba hasta uno de los lugares más tristes y lúgubres del mundo, la cárcel.

—Ven aquí, campeón.

Tomé a Scott de los brazos de su madre, lo besé en la mejilla, y le hice unas cuantas cosquillas. Su risa inocente me hizo olvidarme de dónde estaba y, por un momento, me pareció que estaba de vuelta a casa.

—¿Me has echado de menos? —pregunté a Scott.

—¡No! —respondió entre risas.

Volví a castigarle con cosquillas. Su risa fue tan escandalosa que el guardia me llamó la atención.

—Tienen que sentarse y no tocarse —dijo con un tono de voz autoritario—. Recuerde que tiene cuarenta minutos, ni un minuto más.

Obedecimos al guardia y tomamos asiento. No me apetecía contarles las amenazas que pendían sobre mí, así que les rogué que me contaran lo que habían hecho los cuatro últimos días. Anhelaba que me recordaran que había un mundo esperándome ahí fuera para retomararlo en cuanto fuera libre.

—Hemos llevado a tu madre al Circo del Sol —dijo Amanda mirándome fijamente, transmitiendo un amor sin fin.

—Ay, qué disgusto me llevé —dijo mi madre—. No lo vas a creer, Eric, pero resulta que se me olvidaron las gafas en París. Ya sabes que sin ellas no veo nada de lejos. Yo que estaba tan ilusionada por ver, al fin, ese espectáculo del que habla todo el mundo, y no veía más que sombras borrosas que se movían por el escenario. Qué disgusto me llevé, menos mal que Amanda me iba contando lo que sucedía.

Me hizo especialmente ilusión descubrir que mi madre y Amanda se llevaban bien. Conocía muy bien a las dos, así que sabía que congeniarían sin ningún contratiempo.

—Así que fuiste como su lazarillo —dije mirando a Amanda, deseando cogerle de la mano, añoraba tanto el roce de su piel... Sufría al tenerla tan cerca y, sin embargo, tan lejos, pues no la podía tocar. Comprendí lo enamorado que estaba, y cuánto la necesitaba, quizá mucho más que ella a mí.

—Sí, más o menos —dijo Amanda, sonriendo y maravillándome una vez más con su melena rubia y sus ojos oceánicos.

—¿Apostaste en los casinos? —pregunté, sabiendo que mi madre de joven era asidua de los casinos de Montecarlo.

—Claro, ya sabes que me encanta el bingo y la ruleta. Incluso gané un dinerito —dijo guiñando un ojo.

—Y se hizo unas cuantas fotos en el Ceasar's Palace con esos soldados romanos que pasean por ahí —dijo Amanda, sacando de su bolso el móvil y enseñándome las fotos.

—Cariño, ¿y tu familia? ¿Cómo se lo han tomado todo?

Amanda suspiró.

—Con resignación, pero ellos te apoyan y te envían ánimos. Les tuve que convencer para que regresaran a casa. Les llamo todos los días para contarles las novedades del caso. Y también David y Melissa están pendientes de ti.

—¿Y Lou y Kate? ¿Qué sabes de ellos?

Amanda bajó la mirada, incómoda. Supe que algo prefería no decirme. El guardia caminaba por el pasillo mirando las mesas, como un profesor buscando chuletas. Al fondo de la sala, observé a los latinos hablando también con sus respectivas familias.

—Nada —dijo mientras atusaba el pelo de Scott distraídamente.

—¿Cómo que nada? —pregunté mirando a mi madre, pero ella, a su vez, miraba a Amanda.

Se creó un silencio incómodo.

—Ayer los vimos en el Excalibur —dijo Amanda mirándome al fin—. Estaban muy distantes, Eric, no sé, no preguntaron por ti y tampoco me cogen las llamadas.

—Qué extraño, no lo comprendo —dije negando con la cabeza—. Les tengo un gran cariño. Fueron mis primeros amigos en Las

Vegas.

—Para mí que no quieren que el Mistral se vea perjudicado por tu detención. No me extrañaría nada que hubiesen quitado el cartel anunciando tu actuación —dijo Amanda.

—Qué decepción. Aún me cuesta creerlo, con los momentos tan divertidos que hemos pasado... Y, por qué no decirlo, les he ayudado a que el Mistral sea un éxito.

—Cariño, será mejor que hablemos de otra cosa. No perdamos el tiempo hablando sobre ellos —dijo Amanda colocando su suave mano sobre la mía.

El guarda carraspeó y Amanda retiró la mano. Suspiré, frustrado. Contando mentalmente hasta diez para no decirle a ese guarda donde podía meterse el reglamento.

—Tienes toda la razón —dije procurando concentrarme—. Mañana hay un juicio, y con suerte estaré en casa con todos vosotros.

—¡Bien! —exclamó Scott tirando por los suelos su muñeco de Capitán América.

—Seguro que sí —dijo mi madre—. Confío en la justicia aquí, en París y en cualquier otro sitio.

—Ya veo que tu inglés va mejorando, mamá.

—*Oui* —dijo sonriendo y todos nos reímos.

Miré a mi espalda desde la mesa de la defensa. En la primera fila se encontraban Amanda y mi madre, sonriéndome. Su apoyo me infundía ánimos y me ayudaba a no desesperarme. Saber que fuera de la prisión ellas confiaban en mi inocencia me tranquilizaba. Detrás de ellas había una mezcla extraña de gente que me pregunté qué estaría haciendo aquí, pues me eran desconocidos.

—Son personas mayores sin nada mejor que hacer que pasarse una mañana entretenida en los juzgados —me susurró Brian Adler.

La ayudante del fiscal trataría por todos los medios que el juez me concediera la libertad condicional. Ella se llamaba Amy Kine y era una mujer joven que vestía con elegancia, alta, delgada y con el

pelo teñido de rubio recogido en una coleta. Según comentarios de Brian, era una excelente profesional.

A los pocos minutos entró el juez Campbell y todos nos pusimos en pie. Se sentó en su silla y la primera impresión fue que me parecía un pequeño dios vestido de negro. Su cabeza calva y coloreada por el sol le daba un aspecto fiero, a pesar de su edad o quizá a consecuencia de ella. Confiaba que dentro de ese aspecto tan severo latiera el corazón de un hombre justo. Con un poco de suerte me encontraría libre en unas pocas horas.

—Bien, que comience el espectáculo —dijo el juez golpeando el martillo sobre el estrado—. Veremos si el Sr. Cassel tiene derecho a una libertad con fianza. Adelante, abogados.

—Señoría, mi cliente lleva cinco días en prisión y solicitamos la inmediata... —dijo Brian desde la mesa.

—Sí, porque está acusado de intento de comprar un kilogramo de cocaína —interrumpió Kine— lo cual está penado en este estado.

La voz de la ayudante del fiscal era firme, muy segura de sí misma. En sus manos llevaba un bolígrafo que le ayudaba a mantener una correcta expresión corporal.

—Lo que quiere realmente la fiscalía es involucrarlo en algo que carece de sentido tomando como base una grabación de la que no conocemos el final. Solicitamos que se le libere de inmediato a la espera del juicio, Señoría.

—Estamos investigando los orígenes de su dinero debido a la naturaleza del delito. O también lo que puede hacer es que la defensa demuestre que su dinero es legal y que no proviene de ganancias de la droga —dijo Kine mirando a Brian.

—Por eso suministramos este documento donde dice el director del banco que el dinero que el Sr. Cassel tiene depositado es de origen legítimo.

—Eso documento no es más que una declaración jurada sin ningún fundamento, señoría. Necesitamos una vida laboral detallada para que nuestros asesores lo investiguen. Además, es un hombre con nacionalidad francesa, el riesgo de fuga es muy alto.

—¡Eso es una tontería!

—Modere su lenguaje, abogado —dijo el juez lanzando una mirada severa.

—Disculpe, señoría —dijo mi abogado—. El Sr. Cassel es un reputado hombre de negocios y exfutbolista mundialmente conocido, Señoría. Es imposible que cruce la frontera sin ser visto, además el pasaporte será confiscado.

—Usted sabe también como yo, que se han dado casos anteriores. ¿Qué ocurriría si, por ejemplo, se atrinchera en su embajada, o lo que es peor, en otra embajada de otro país? Mire el caso de Julian Assange. Lleva dos años viviendo en la embajada de Ecuador en Londres, y todo apunta a que seguirá ahí por mucho tiempo.

El juez Campbell miraba uno a otro como si estuviera en un partido de tenis. A veces arqueaba las cejas, y en otras ocasiones fruncía el ceño, pero en general se mantenía en un postura reflexiva, con la barbilla apoyada sobre la mano.

—Señoría, un informe como el que solicita el ayudante del fiscal puede demorarse meses, mucho más si tenemos en cuenta que debemos solicitar informes a otro país, con el consecuente retraso burocrático —dijo Brian.

—El Sr. Cassel ya he tenido problemas con la justicia anteriormente. Como usted sabe fue arrestado en Nueva York el día... —dijo Kine con unos documentos en la mano.

—Fue un delito menor y estuvo en rehabilitación —interrumpió Brian—. Ya ha pagado con creces sus errores.

—Abogados, por favor, no nos desviemos del tema —dijo el juez levantando la mano—. No estamos para dirimir aquí si es inocente o no de los cargos, sino para admitir el depósito de la fianza de un millón de dólares y liberar al acusado a la espera del juicio. Hecho lo cual, ya he tomado una decisión.

Brian y Kine se quedaron de piedra. Seguramente habían planificado un juicio largo, así que la celeridad del juez les rompían los esquemas. Ambos clavaron la mirada clavada en el juez.

Respiré hondamente. Deseaba con todas mis fuerzas salir de la cárcel y reunirme con mi familia. No me atreví a mirar hacia atrás, pues deduje que Amanda y mi madre también estarían conteniendo la respiración.

—El informe sobre el origen del dinero no es necesario, ya que me es suficiente con la declaración jurada del director del banco —

dijo entornando los ojos—. No obstante, el riesgo de fuga del Sr. Cassel es evidente, por lo que deniego la petición de la defensa.

—Señoría, le ruego que considere su decisión, no entiendo... — dijo Brian, visiblemente decepcionado.

Pero el juez Campbell propinó un golpe con el martillo como dando a entender que su decisión era firme. A continuación, se bajó del estrado sin mirar atrás.

Brian me consoló con una mano sobre el hombro. Bajé la cabeza, desolado.

Capítulo 10

AMANDA

Llevaba toda la mañana con un hormigueo incesante en el estómago, pues por la tarde tendría lugar esa reunión furtiva con Jorge Ashen. ¿Qué querría? ¿Por qué me había llamado a mí, y me había exigido que no lo compartiese con nadie? Me había cuidado de no comentárselo a Marion o a Eric, y dejé que transcurriera un día para aclarar mis ideas. Sin embargo, sentía la imperiosa necesidad de contárselo a alguien, así que acabé llamando a David y Melissa, pues sus opiniones eran valiosas para mí. En vez de hablar con ellos por teléfono, prefería citarles en casa con cualquier excusa. Había dejado a Marion disfrutando de una sesión de spa en el MGM, y Scott estaba en el colegio, así hablaríamos con libertad.

Llegaron puntuales y, sin preámbulo, abordé el espinoso tema. Su reacción al enterarse de la llamada fue como esperaba, de auténtica incredulidad.

—Qué extraño —dijo David sentado en el sofá, junto a Melissa—. ¿Se lo has dicho a Brian?

—No, de momento no. Quería hablar con vosotros primero —dije mirándolos a los dos—. He de decir que me preocupa esta situación. Es todo tan poco usual...

—Yo hablaría con el abogado, creo que él te pueda dar la mejor solución —dijo David—. Has de confiar en él.

—Amanda, yo no opino igual —dijo Melissa—. Pienso que si te ha pedido que no digas nada a nadie será por algo. Puede que se acabe enterando o, también, que Brian te aconseje que no vayas. Ese hombre es vital para que Eric salga de la cárcel cuanto antes.

¿Qué ocurre si se echa para atrás si no cumples sus exigencias? Puede que sea la gran oportunidad de Eric.

Me levanté del sofá y paseé por el salón con los brazos cruzados, mordiéndome un labio.

—Ese tal Jorge Ashen no quiere declarar a favor de Eric, y, ahora de repente, quiere hablar a solas con Amanda —dijo David—. Si fueras mi cliente, me gustaría que me lo contaras antes de la reunión, no después.

—Además, lo más seguro es que te pida dinero porque sabe de la fama de Eric. Es solo una pequeña conversación... —dijo Melissa—.

—Con un personaje relacionado con el mundo de la droga... —dijo David.

—Nosotros te acompañaremos, Amanda —dijo mi amiga mirando a su novio.

—Me dijo que fuese sola —dije volviéndome a sentar.

—Pues estaremos antes. Nosotros no te dejaremos en la estacada. Puedes contar con nosotros, ¿verdad, cariño? —preguntó Melissa.

—Aún no ha decidido si hablar o no con Brian primero. Primero deja que tome una decisión.

Sentí las miradas de ambos clavándose en mí. Debía tomar una decisión en ese mismo momento. No había tiempo para dudar. Miré el reloj. En cinco horas estaba citada en el restaurante del Excalibur. Movía el pie nerviosamente. Irónicamente me hubiera gustado que Eric estuviese conmigo para tomar una decisión. Él era la piedra sobre la que me aferraba. Ayer, en la visita, intenté no derrumbarme pero creo que de no ser por la presencia de Marion y Scott, hubiera roto a llorar. Al observar al hombre de mi vida encarcelado injustamente sentí que el dolor era imposible de soportar. El destino, ese que nos hizo conocernos de la forma más casual, ahora nos jugaba una mala pasada. No quería tomar una decisión errónea.

—Voy a reunirme con él y, en cuanto termine, hablaré con Brian. No quiero poner en peligro esta situación. Quiero saber qué es lo quiere.

—Como quieras —dijo David con el rostro serio—. Melissa y yo estaremos muy cerca por si nos necesitas. Es más, quizá incluso

podrías grabar la conversación con el móvil.

—Buff... Lo veo complicado. No creo que pueda hacerlo, me pondría nerviosa, muy nerviosa, creo que hasta mis mejillas se pondrían rojas. Me pillaría seguro.

—Bien, yo tengo que volver a la oficina —dijo David mirando el reloj y poniéndose de pie—. ¿Vienes o te quedas, cariño?

—Me voy contigo —dijo cogiéndolo del brazo—. Nos vemos esta tarde, amiga. ¿Estarás bien?

—Asentí —dije agradecida por el interés, mientras les acompañaba a la puerta—. Dentro de nada estarán aquí Marion y Scott.

—Mejor, así no estarás sola.

Desde el umbral de la puerta los despedí mientras observaba cómo se introducían en el coche. Era verdad lo que decía Marion sobre que en los malos momentos sabrás quiénes son tus amigos de verdad. David y Melissa se comportaban tal y como se esperaba de ellos, siempre atentos, siempre dispuestos a ayudar. Además, compartían conmigo que Eric, a pesar de todo, era inocente.

Restaba una hora para la cita con Jorge Ashen, y los nervios, como durante todo el día, seguían a flor de piel.

Abrí mi armario, sin tener idea alguna de lo que debía ponerme para una cita de esa índole. ¿Existirá ropa adecuada para citarse con el testigo clave del caso de tu prometido? Tenía mi ropa bien clasificada: ropa de fiesta, a un lado; ropa elegante para el día, a otro; y ropa informal en el medio. Decidí vestirme con una camisa vaquera abierta y, por debajo, una camiseta blanca. Algo sencillo que no atrajera demasiado la atención. En cuanto al maquillaje, decidí también optar por algo simple, con solo la cara lavada.

Mientras colocaba la ropa sobre la cama, Marion llamó a la puerta y entró tímidamente.

—Espero no molestarte —dijo mirando la ropa—. Quería hablar contigo...

En qué fantástico momento, pensé. Pero no deseaba mostrarme antipática con mi futura suegra, así que sonreí y la invité a que

continuara.

—Antes de que vayas a esa reunión de amigos... —dijo ella.

Una excusa como otra cualquiera. Lupe necesitaba el día libre y no se encontraba en casa para cuidar de Scott. Marion me vino como caída del cielo.

—Me encanta tu ropa. Estarás muy guapa —dijo sentándose en el borde de la cama.

Aquel comentario hizo sonar la alarma. Guapa era justo lo contrario que el efecto que deseaba causar. Miré el conjunto sobre la cama y no pude más que darle la razón.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo que te ha molestado? —preguntó al observar mi expresión seria.

—No, no en absoluto —dije sonriendo inmediatamente.

—Verás, quería disculparme por eso que te dije el otro día. No es cierto que piense que si está mi hijo en la cárcel es por tu culpa.

—No pasa nada, Marion. Yo también estoy preocupada por todo lo que ha pasado —dije sentándome a su lado.

—Todo lo que está pasando es tan surrealista... Y mi hijo está sufriendo, lo noté el domingo cuando fuimos a visitarle —dijo ella con un hilo de voz.

Miré el reloj de la mesilla de noche. O empezaba a ducharme o llegaría tarde, y quién sabe cuánto tiempo me esperaría ese hombre en el restaurante. Sin embargo, intuí que debía concederle ese momento a mi futura suegra. Era evidente que necesitaba desahogarse con alguien, y nadie le podía culpar de ello, pues se encontraba muy lejos de casa.

—Todos lo estamos pasando mal, Marion —dije tomándola del brazo procurando demostrarle que no estaba sola, que contase conmigo.

—Gracias, hija —dijo sonriendo dándome cariñosas palmaditas en la pierna.

—Marion, ¿vienes a jugar? —interrumpió Scott asomando por la puerta.

—Claro —dijo Marion poniéndose en pie y dedicándome una sonrisa antes de desaparecer por la puerta.

A toda prisa me metí en la ducha. Me vestí al final con el conjunto elegido en primera instancia, pues ya no me quedaba

tiempo para elegir otro. Al salir de casa, me sentí acalorada, así que me despojé de la camisa vaquera y me quedé con la camiseta blanca.

Llamé a Melissa a través del manos libres del coche. Eran ya casi las cuatro en punto. Cuando estaba a punto de colgar, me contestó.

—¿Dónde estás? —preguntó ansiosa.

—Me he entretenido —respondí para no entrar en detalles—. Voy de camino. ¿Alguna novedad?

—Estamos en el restaurante David y yo. He salido a la calle para contestarte. Por cierto, ¿sabes cómo es físicamente?

—No lo sé —dije—. Supongo que él si sabe cómo soy yo. Cuando me llamó por teléfono se encontraba también en el Excalibur.

Eran ya las cuatro. Me salté un semáforo en rojo por la avenida Flamingo, por lo que varios coches frenaron en seco y me pitaron reprochando mi temeraria acción.

—En buena hora a mi suegra se le ocurre abrirse al mundo y pedirme disculpas —murmuré.

Doblé por El Strip y entré en el hotel-casino. Dejé que el valet parking se ocupara del coche, y fui caminando a un ritmo rápido hasta el restaurante.

Cuando entré me faltaba la respiración. Miré mi reloj: pasaban quince minutos de las cuatro. Paseé la mirada en busca de Ashen. Una línea de personas tomaban los platos del mostrador, y resto permanecía sentada, comiendo. Otro pequeño grupo de personas se servían refrescos en un mostrador situado en mitad de la sala. No vi a David y a Melissa. Volví a mirar el reloj, nerviosa.

Una mano se agitó en una mesa del rincón. Se trataba de un hombre maduro de unos cuarenta años, aspecto latino, pelo canoso y pasado de kilos... Deduje que era Jorge Ashen, así que me acerqué.

—Hola, Amanda —dijo antes de que pudiera decir nada.

—Siento llegar tarde... —dije aún respirando con dificultad.

—No te preocupes. Acabo de llegar —dijo sonriendo—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Tomé asiento. Por reflejo, miré a mi alrededor buscando a Melissa y a David, pero seguía sin verlos.

—Te estarás preguntando para qué te he citado. Bueno, antes de nada déjame decirte que soy un gran fan de Cassel. Me encanta el fútbol y creo que fue uno de los mejores jugadores de su tiempo. Aquel gol que marcó contra el Manchester United.... ¿Lo has visto?

—Puede que sí. Eric me ha enseñado muchos de sus goles, pero ahora mismo no lo recuerdo —dije, impaciente por que fuera el grano .

—Se lo puedo enseñar si quiere —dijo metiendo la mano en el bolsillo y sacando su teléfono móvil.

—No, no, hace falta —dije bruscamente.

—Bueno, como quiera —dijo dejando el teléfono sobre la mesa.

Ashen mordió su burrito y dedicó unos segundos a masticar con calma. Dominaba la situación y él lo sabía.

—¿Para qué me ha citado? —pregunté.

El hombre sonrió, disfrutando con el suspense.

—Directa al grano, ¿verdad?

—No tengo mucho tiempo —dije observando su nariz ancha y frente despejada. Llevaba una camisa pasada de moda, de color gris de cuellos anchos.

Ashen tomó un sorbo de su refresco con una pajita.

—Como sabe yo estuve presente en esa conversación en la que se habló de Eric Cassel. Y conozco la intención de la fiscalía de usarle para fines políticos. Déjame que le diga que es una injusticia.

—Entonces declare a favor de Eric.

Ashen se limpió la boca con la servilleta. Sus gestos eran pausados, pero su mirada era astuta, como si pudiera leer lo que yo pensaba.

—No es tan sencillo. Me gustaría saber qué consigo yo con eso.

—¿Qué es lo que quiere, dinero?

—No me hace falta, créame —respondió inclinándose sobre la mesa—. Ya sé que no lo parece, pero es así, se lo aseguro. He trabajado muy duro en esta vida para conseguir lo que tengo. Le voy a decir lo que quiero.

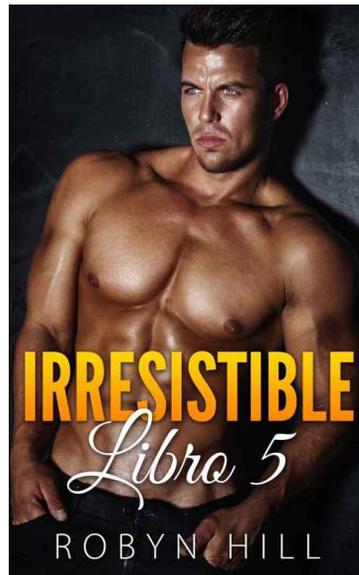
Ashen desvió la mirada, como asegurándose que nadie le pudiera escuchar. Yo, sin darme cuenta, había cerrado los puños,

señal de la tensión que me invadía.
—Quiero acostarme con usted...

CONTINUARÁ...

Conoce el desenlace final de la saga «Irresistible» en el Libro 5. GRATIS para los usuarios de Kindle Unlimited, y GRATIS también para los suscriptores al boletín de Robyn Hill.

Suscríbete [aquí](#) para recibir tu copia en cuanto esté disponible. Si ya eres suscriptora, recibirás el correo para la descarga en cuanto el libro esté disponible (vigila el filtro de *spam* para que aparezca en tu bandeja de entrada).



Si te ha gustado el libro, sería genial si publicaras un comentario en la página del libro en Amazon. [Aquí](#). Muchas gracias.
Mucho amor,

Robyn
robynhillbooks@gmail.com